



EN EL ÁMBITO DEL ESPÍRITU

LA IGLESIA DE LA CASA MADRE
DE LAS MISIONERAS DE STEYL

FRANZISKA C. REHBEIN SSPS

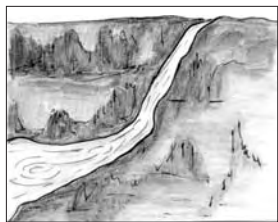
Franziska Carolina Rehbein SSpS

EN EL ÁMBITO DEL ESPÍRITU

La iglesia de la Casa Madre
de las Misioneras de Steyl

Steyl, octubre de 2004

“Steyler Quellen” - 3



Publicado por el
Centro de Espiritualidad Arnoldo Janssen (CEAJ)
Octubre 2004

Con licencia de la Dirección General de la
Congregación Misionera de las Siervas del Espíritu Santo

1. Diseño de la portada

La venida del Espíritu Santo en el primer Pentecostés

Cuadro central del altar mayor

2. Reverso

Vista frontal del Convento del Sagrado Corazón de Jesús

En el centro, la iglesia del Espíritu Santo en la forma simbólica de una paloma

Fotos: Heinz Helf SVD

Fotos pág. 15 Wilhelm Quaing SVD

Diagramación: Clemens Jansen SVD

Versión castellana: Carmen Dora Sass, SSpS

CONTENIDO

Introducción	7
1 La arquitectura sacra “es una edificación espiritual”	9
2 Sentido y meta: la Santísima Trinidad	14
3 El ábside: vivencias del aquí y el más allá	20
4 Altar mayor: venida y acción del Espíritu	23
4.1 En el ala lateral izquierda: la Anunciación del Señor	24
4.2 El bautismo de Jesús - aleta derecha del altar	31
4.3 La cruz: La entrega de Jesús en el Espíritu	36
4.4 El cuadro central: El primer Pentecostés	43
4.5 Sumergidos en la esfera del Espíritu	48
5 Altar mayor: ángeles y símbolos eucarísticos	52
6 Elementos simbólicos en el presbiterio	56
7 Los ventanales laterales del presbiterio	61
8 Los ventanales de la nave central	65
8.1 Las ventanas del lado izquierdo	65
8.2 Las ventanas del lado derecho	70
9 Capilla conmemorativa de la beata Helena Stollenwerk y de la beata Hendrina Stenmanns	76
10 La capilla de la cruz	83
Conclusión	89
Bibliografía de textos empleados y citados	90

INTRODUCCIÓN

El 22 de octubre de 2004 la Casa Madre de las Hermanas Misioneras de Steyl, Siervas del Espíritu Santo, celebró el centenario de su existencia. En aquel lejano 22 de octubre de 1904, dejando “San Gregorio”, edificio demasiado estrecho para la comunidad en visible crecimiento, se trasladaron a la nueva casa madre construida para ellas.

Gran número de personas encontraron en esta casa su hogar espiritual y no pocas hermanas misioneras pasaron aquí sus primeros años de vida religiosa preparándose para la misión en distintos países y actividades. Más de 2.000 jóvenes hicieron en esta casa sus votos religiosos y unas 1.200 recibieron aquí su cruz misional y el envío a países de ultramar. En cambio, para otras la misión consistió en quedarse y trabajar formando nuevas misioneras para los múltiples apostolados, haciendo de la Casa Madre un centro difusor de espíritu misionero para el entorno próximo y lejano. Aún hoy, esta casa atrae a muchos deseosos de encontrar un lugar que ofrezca acogida y posibilite el encuentro consigo mismo, con los demás y con Dios.

Para todos ellos, la iglesia es el centro común que los vuelve a reunir siempre de nuevo para llegar al corazón y centro de sus propias vidas y poder regresar confortados a la diversidad de sus deberes y situaciones. “Sólo es posible sentirse en casa allí donde vive el misterio”, dice el austriaco Zulehner, profesor de teología pastoral.

Partiendo de la ornamentación de la iglesia, de sus diseños y signos, las reflexiones quieren llevarnos al misterio de la Trinidad, tal como se reveló en la historia humana, ante todo en la vida de Jesús y María, y de la primitiva comunidad cristiana. Eran vidas inmersas en la atmósfera del Espíritu Santo, que las guiaba, daba sentido y orientación.

Ellos encontraron su hogar en el misterio del Dios trinitario, en el “ámbito del Espíritu”, centro de sus vidas, y desde allí fueron capaces de cumplir su misión. Las reflexiones siguientes quieren servir de ayuda para encontrar las huellas del misterio trinitario, volver a

descubrir y respirar en la iglesia de la Casa Madre el “ámbito del Espíritu”, y de este modo hallar también las pistas del Espíritu en la propia vida.

1 LA ARQUITECTURA SACRA “ES UNA EDIFICACIÓN ESPIRITUAL”

En la arquitectura sacra hay un simbolismo que expresa una vivencia concreta y al mismo tiempo, señala la realidad de lo creado. El objetivo de la arquitectura sacra es crear un recinto específico que ayude al hombre a ponerse en contacto con lo divino. Si ese objetivo está bien logrado, el recinto se vuelve vértice entre el aquí y el más allá, entre el cielo y la tierra.

San Arnoldo Janssen, fundador de las tres congregaciones misioneras de Steyl, tuvo muy en cuenta este simbolismo en la ornamentación de las iglesias y capillas que hizo construir para sus fundaciones. Quiso crear espacios en los que se pudiera respirar el hálito del Espíritu, y no sólo del Espíritu de Dios en general, sino al Espíritu que había dado forma a la espiritualidad de la obra misional de Steyl.

En la lengua hebrea la palabra ámbito, recinto o espacio se designa con el término “rewach” y se pronuncia como “ruach”, “Espíritu de Dios” o “soplo”. En la arquitectura sacra, el espacio se relaciona con el Espíritu Divino que, como el viento, está en constante actividad. Por lo tanto, en ese recinto nos encontramos en el “ámbito del Espíritu Santo” y respiramos de modo especial su presencia. Dios está presente, pero sin ser percibido ni palpado. Todo santuario es una transición hacia “otro mundo”.

Se comenta que el hábitat natural de Arnoldo Janssen era el “otro mundo”, o sea, el mundo de la fe. En ese mundo él se movía, pensaba y actuaba; desde él, miraba y juzgaba la realidad, elaboraba planes y tomaba decisiones; toda su vida estaba orientada y penetrada por el mundo de la fe. Mediante la ornamentación de sus iglesias y capillas, él quiso crear recintos en los cuales sus hijos e hijas pudiesen respirar este espíritu y experimentar este clima de fe.

El Espíritu de Dios es vida, dinamismo y acción, que no cesa de crear nueva vida. De hecho, esto se percibe en el desarrollo de la espiritualidad del fundador y se refleja también en el idealismo de sus construcciones sacras. Así, por ejemplo, la iglesia mayor de San Mi-

guel quedó impregnada de la espiritualidad que lo animaba en su primera fundación, esto es, la Encarnación del Verbo Divino, a la que dio ese nombre, y el ideal de la misión universal, para llevar a los pueblos al conocimiento de Dios Uno y Trino y a la comunión con él.

Al fundar las dos congregaciones femeninas, la espiritualidad de san Arnoldo había llegado a su madurez definitiva. A partir de 1884, la devoción y entrega al Espíritu Santo marcaron su vida con un sello especial. No obstante que toda su existencia estuvo bajo la acción y guía del Espíritu Santo, fue en el tercer período de su vida espiritual donde resaltó de modo especial su amor y entrega al divino Espíritu. Y no sólo consagró ambas congregaciones femeninas al Espíritu Santo, sino que también expresó esta espiritualidad en la forma que dio a la Casa Madre que hizo construir para las hermanas.

Después de consultar a las hermanas misioneras y a las adoratrices¹, Arnoldo Janssen determinó llamar “Heilig-Geist-Kloster” el convento de las Adoratrices y “Herz-Jesu-Kloster” la Casa Madre de las hermanas misioneras. A la iglesia, corazón de la Casa Madre, le dio la forma externa de una paloma en vuelo y la consagró al Espíritu Santo. Al unir la devoción del Sagrado Corazón de Jesús con la veneración al Espíritu Santo, puso de manifiesto un rasgo característico de su espiritualidad.

Por encargo del fundador, el P. Juan Bautista Beckert SVD preparó los planos del convento y de la iglesia y los hermanos de Steyl efectuaron la construcción. En octubre de 1904, se inauguró la nueva casa y la iglesia fue bendecida para la celebración litúrgica y la oración comunitaria. La consagración oficial tuvo lugar el 28 de noviembre de 1920 a cargo del obispo misionero Francisco Wolf SVD (Togo).

Arnoldo Janssen veneraba el Corazón de Jesús como tabernáculo misterioso de Dios entre los hombres, así escribió: “En el Corazón de Jesús habita La Santísima Trinidad, la omnipotencia del eterno

1 Stegmaier, Ortrud SSpS (Hg.): P. Arnold Janssen. M. Josefa, Hendrina Stenmanns. Briefwechsel 1884 – 1903, Rom, 2004.

Padre, la belleza y sabiduría del eterno Hijo y el amor oblativo y la riqueza del Espíritu Santo. Ellos viven en un Corazón humano. ¡Qué prodigio tan santo!”²

En estas palabras, se percibe de cierto modo la conmoción del fundador ante el misterio de la santísima Trinidad, que con la Encarnación del Hijo de Dios entró en la historia humana y quedó definitivamente ligado a ella. Se sintió urgido a dar una expresión concreta a esta experiencia de la historia salvífica obrada por la santísima Trinidad, experiencia que impregnó toda su vida.

La iglesia del Espíritu Santo es el centro del convento del Sagrado Corazón. El Corazón de Jesús desbordaba de la fuerza y presencia del Espíritu Santo (Cf Lc 4,14). “De su plenitud hemos recibido todos gracia tras gracia” (Jn 1,16). Para dar a esta realidad una expresión arquitectónica, la iglesia de la Casa Madre recibió la forma de una paloma en vuelo. Esta espiritualidad tallada en piedra es la que se expresa también en la oración: “Señor Jesús, de la plenitud de tu amante Corazón envíanos del Padre el Espíritu Santo.” En la primera constitución de la SVD del año 1885 se lee: “Toda gracia proviene del Espíritu Santo y del propio Cristo, de cuya plenitud todos hemos recibido, porque él es la cabeza de la Iglesia y la vida verdadera que trasmite a las cepas la savia que él mismo posee. Así Cristo envió y sigue enviando un Espíritu no distinto de aquel que él mismo tuvo y sigue teniendo en su Corazón. De modo que el Espíritu Santo viene a nosotros por el corazón de Jesús.”³

Debajo de la nave central de la iglesia, hay un recinto con las mismas dimensiones, éste fue a través de largos años el refectorio de las hermanas misioneras.

Durante la construcción y organización inicial, debajo del “ala izquierda de la paloma” se hallaba el comedor del noviciado de las hermanas misioneras. El refectorio de los huéspedes, luego capilla de

2 “Pequeño Mensajero del Corazón de Jesús”, 1874, p. 44, citado por A. Rohner; Vivat Cor

los huéspedes, estaba debajo del “ala derecha de la paloma”. Abajo del ábside, o “cabeza de la paloma” estaba y está el salón de actos. De este modo los múltiples emprendimientos misioneros de la Casa Madre quedaron unificados mediante esta estructura arquitectónica, símbolo de la unidad de vida, oración y trabajo, de sustento físico y espiritual, de palabra y sacramento.

En el templo de Jerusalén, respondiendo a un Midrash⁴, pendía delante del Santo de los Santos un racimo de uvas.⁵ En el judaísmo, simboliza la eternidad y la alegría perpetua. Por lo tanto, el templo es el lugar donde el tiempo y la eternidad entran en relación. Con Jesús, cepa verdadera, la eternidad se hizo presente en el tiempo. El Espíritu es otro aspecto de esta relación entre lo eterno y lo temporal. Él patrocina la vuelta a los orígenes, a la plena realización del tiempo en la eternidad. El símbolo del Espíritu es la paloma, en hebreo jona. Ella sabe regresar al punto de partida desde cualquier ángulo del mundo, por eso es símbolo del Espíritu Santo, y “Espíritu” es otro nombre divino. Jesús, la cepa, el eterno en el tiempo, es portador del Espíritu y regreso a los orígenes.

Viviendo con autenticidad se llega a la paz, se vuelve al cauce original y a la santidad y con ella, a la paz divina. Jesús posee el Espíritu en plenitud y nos da su paz. El templo de Jerusalén era el lugar de la presencia del origen, de la shekina⁶ o presencia del Amor. El verdadero templo es un lugar de benevolencia y de gracia, donde es posible vivir en libertad, asombro y orientación.

Si ya el templo de Jerusalén era el lugar de la presencia del Espíritu, en el cristianismo el verdadero templo y lugar del Espíritu es el mismo Jesús. De su interior brotan torrentes de agua viva que dan vida y fluyen hasta la vida eterna (cf Jn 7,38; 4, 12). Así el verdadero

4 Midrash es una determinada interpretación o tradición del judaísmo rabínico para algunos textos de la Sagrada Escritura.

5 Bieger, Eckhard (editado) Schnittpunkt zwischen Erde und Himmel. Kirche als Erfahrungen des Glaubens. – Kevelaer, 1998, p. 9 – 21. 23 -41, más explicaciones también en los tres primeros capítulos.

6 Expresión popular del judaísmo para señalar la presencia del Espíritu divino en medio de su pueblo.

lugar del Espíritu es el Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido para vivir animados por este Espíritu. Arnoldo Jansen escribió en 1874: “Veneremos y amemos ante todo al Espíritu Santo, venerando y amándolo especialmente en el Sacratísimo Corazón de Jesús.”⁷ De modo que en la estructura arquitectónica de la Casa Madre aparece ya un elemento esencial de nuestra espiritualidad, esto es, el Espíritu Santo en el centro del Corazón de Jesús.

7 Kleiner-Herz-Jesu-Bote 1874, p. 45

2. SENTIDO Y META: LA SANTÍSIMA TRINIDAD



Puerta de entrada a la iglesia con la invitación: *Venite adoremus!*

Antes de entrar a la iglesia del Espíritu Santo, se puede leer sobre la puerta principal una invitación que dice: “*Venite Adoremus!*”

“La adoración es el júbilo del amor ante el misterio insondable.”⁸ Este misterio que había impregnado toda la vida de Arnoldo Janssen, fue lo que él quiso expresar en la iglesia de la Casa Madre. La adoración de la Trinidad en el trono eucarístico había sido desde el comienzo el tema predilecto del fundador de Steyl.

Al entrar en el interior de la iglesia, el huésped se siente sumergido en la amortiguada luz del gótico moderno. A través de las ventanas penetra difusamente la claridad de la luz solar. El vidrio polícromo recibe los rayos solares, los fragmenta y transforma en una luminosidad apacible. Hay una atmósfera de silenciosa calma que invita al recogimiento contemplativo. La iglesia como edificio sacro es el signo externo del descenso a lo profundo del alma, al encuentro con uno mismo y con Dios.

8 P. Bernhard Otte SVD

En el pasado, las construcciones sacras tenían casi siempre una referencia cósmica, sin la cual serían incomprensibles. La bóveda arqueada, como la de nuestra iglesia en cuestión, simboliza la bóveda del cielo, el firmamento, lo inmutable; es signo de sostén y seguridad en la que se puede enraizar la vida. Para el hombre medieval y también para nuestra generación fundadora, el cimentar la vida en la trascendencia era lógico y natural.

Los edificios eclesiales reflejan el arte edilicio y arquitectónico, como también la espiritualidad y el sentido religioso de la respectiva época. El estilo gótico recurre a la idea básica de la Jerusalén celestial y la representa como el cielo que se extiende en toda su plenitud en la tierra y al mismo tiempo, se eleva sobre ella. A este concepto se debe

Vista global de la iglesia del Espíritu Santo enfocando el ábside y el altar



la altura de las construcciones que resulta incomprensible para nuestra época. La línea vertical va más allá de toda medida humana.

Junto a este elemento de la dimensión celestial está la orientación o meta. El ser humano necesita una meta para encaminar su vida, pues se percibe como un ser espiritual, y para eso se requiere una dirección. De lo contrario, todo va a la deriva. La búsqueda acerca del sentido de la vida plantea el interrogante sobre la orientación y la meta. Toda construcción lograda es un sentido construido. Se trata de la existencia en su totalidad y del camino a seguir.

Las experiencias sensoriales son experiencias de travesía, experiencias de fe. La meta de los sentidos se hace presente en la ausencia. No es posible aprehenderla o poseerla, se la experimenta haciendo camino. Cuando se pierde el sentido o la dirección todo se vuelve absurdo y sin salida. Una arquitectura lograda, como sentido construido, vive de la tensión de un orden que simboliza lo permanente, estable o inmutable, y una dirección que expresa el itinerario y la meta. Ambos polos determinan la santidad del edificio. La fe en Dios, Padre de Jesús, es la verdadera constructora de un templo. En nuestra iglesia de la Casa Madre, está expresada la historia de fe de nuestra generación fundadora que necesita ser reanimada y explicada.

Atravesando el templo de occidente a oriente, con vista al sol, la atención queda cautivada por el gran ventanal en el centro del presbiterio. En ese ventanal, está representada la Santísima Trinidad en la revelación de la historia salvífica, esto es, el misterio de la Navidad con la entrada del Hijo de Dios en este mundo. En la parte superior, puede verse la imagen de Dios Padre con la mirada dirigida hacia abajo. De su persona salen rayos luminosos y sobre su pecho aparece el símbolo del Espíritu Santo. Más abajo está María con el Niño, a su derecha san José con una azucena y a la izquierda hay ángeles en adoración tocando instrumentos musicales. Como resumen de la escena aparecen las palabras: “Et Verbum Caro factum est – Y el Verbo se hizo carne.”

En este cuadro está expresada la experiencia que tuvo Arnoldo Janssen en el campo de la fe, experiencia que fue para él rumbo, meta, sentido y sostén de su vida. El objetivo de su existencia consistió en

avanzar en el conocimiento de este misterio y participar en la vida de las tres divinas Personas, tratando que todos lleguen a la comunión con la vida trinitaria. En este empeño halló la realización y plenificación de su vida.

La finalidad y el sentido de un recinto sacro o templo de piedras, es crear un ambiente que posibilite la celebración y adoración de este misterio, haciendo que los fieles se entreguen a la acción divina y se dejen compenetrar siempre más por ella.

Los cristianos de los dos primeros siglos vivenciaron la iglesia como comunidad de creyentes. Se reunían en casas particulares o en las catacumbas, siendo Jesús resucitado el templo propiamente dicho y los bautizados miembros de su Cuerpo. Se reunían para celebrar la presencia del Espíritu de Jesús, que era su nueva forma de presencia. En la



Representación de la Santísima Trinidad en la revelación de la historia salvífica.

El misterio de Navidad

medida en que se vivenciaba esta presencia se crearon vínculos y surgía una común unidad. Una persona es cristiana en la proporción de su relación con Jesús, el Mesías, que libera y redime. El grado de esa relación señala la medida del ser cristiano. Quien vive esta relación tiene una visión distinta del mundo y lo interpreta en un sentido determinado. El mundo cobra nueva luz.

La profundización de la relación con Jesús, el Cristo, es un proceso histórico en el que van cayendo imágenes dando lugar a otras. De acuerdo al momento y a la época, se acentuaron distintos aspectos de la identidad de Jesús. Pero siempre fue y es la experiencia de los primeros cristianos de Jerusalén la que marca la relación con Jesús y es representada simbólicamente en las construcciones sacras. Se trata de la vivencia de la comunidad primitiva, esto es, Jesús fue crucificado, pero no quedó en la muerte, ha resucitado – esta fórmula concisa fue entendida por los primeros cristianos a nivel de experiencia nacida de la íntima relación con la persona de Jesús.

La meta y el sentido del cristianismo están en conocer siempre mejor al Señor glorificado, también como Pantocrátor y creador, ir a su encuentro y entrar en comunión con él. Durante el devenir histórico de la liturgia cristiana y de las construcciones sacras, se fueron acentuados diversos aspectos, pero siempre estuvieron impregnados y sustentados por los siguientes interrogantes existenciales: ¿Cómo se experimenta el cielo sobre la tierra, el más allá en el aquí y ahora? ¿Qué elementos dan solidez y rumbo a la vida?

La vivencia espiritual que dio a la generación fundadora rumbo, sentido y sostén fue la Encarnación, en otras palabras, fue la experiencia de la Trinidad en la revelación del plan salvífico al enviar al Hijo y al Espíritu Santo a este mundo. Encontraron lo inmutable y certero en el amor incondicional del Padre que se revela al hombre y se dona a él en la Encarnación de su Hijo Único. Este misterio de amor y entrega también da sentido, rumbo y forma a nuestra existencia histórica si la conformamos de acuerdo a la vida de Jesús.

La actitud religiosa de los siglos pasados expresada en la arquitectura era la siguiente: para un Dios infinitamente grande y casi inaccesible había que darle lo más grande, lo más bello y lo más valioso.

Este fue también el parecer que animó a san Arnoldo en la construcción de sus iglesias y capillas. Era el deseo de vivenciar ya en la vida terrena un fragmento de cielo y con todo, sentir al mismo tiempo que el cielo supera ampliamente todo lo terrenal. Esto lo expresan con vigor simbólico las construcciones sacras del estilo gótico, que también se perciben en nuestra iglesia de la Casa Madre. El recinto del templo, ante todo el presbiterio, mediante el ensamblado de trascendencia e inmanencia se convierte en un ámbito místico. Una luz roja-azulada, semejante a la luz mística, llena el espacio.

3 EL ÁBSIDE: VIVENCIA DEL AQUÍ Y EL MÁS ALLÁ

La vivencia de lo trascendente y lo inmanente, es decir, del aquí y del más allá, es mayor cuando se enfoca con una mirada global todo el presbiterio, ya que en un único espacio aparece y se ofrece a la veneración de los fieles simbólicamente representada la totalidad de la historia salvífica. Inmerso en la amortiguada luz que llega a través de las ventanas, uno se siente invitado a posesionarse de este panorama de fe y amoldar su vida de acuerdo a él. En este panorama está representado el misterio trinitario en la revelación de la historia salvífica, ante todo, la venida del Espíritu Santo en la Encarnación del Verbo de Dios, y luego en la vida de Jesús, en el bautismo y en la iglesia primitiva.

El templo se vuelve “morada de Dios entre los hombres” (Ap 21,3) y ciudad santa de Jerusalén, en la que desde ahora se vive a lo “divino”. Es un fragmento de eternidad vivenciado ya en el tiempo. La eternidad es lo que siempre está y estará. No es vana promesa de vida nueva después de la muerte. La eternidad está en el presente. Cuando la eternidad irrumpió en el tiempo, tuvo lugar la Navidad. Al llegar la plenitud de los tiempos, se abrió paso lo que siempre existía en el amor, es decir, un Dios para los hombres, entonces la eternidad tocó el mundo temporal.

El templo es un pedazo de eternidad en el que las dimensiones del pasado y del futuro son disueltas, ante todo en la celebración litúrgica. La liturgia celebra la eternidad de Dios en lo cotidiano del hoy. Tanto la liturgia como el templo son la eternidad en el hoy y tienen validez actual y universal. Ella trasciende lo cotidiano y sin embargo, sigue siendo parte de la vida diaria. Lo cotidiano se da en la historia y en todo el acontecer actual. El objetivo de una liturgia debidamente vivenciada es disponer y preparar a los fieles al acontecimiento salvífico. Ésta fue la intención de Arnoldo Janssen y del artista al estructurar la iglesia de la Casa Madre, especialmente el área del altar.

El diseño de la bóveda del presbiterio, colocado más tarde en los años 70, es un símbolo de la Trinidad. Los tres anillos, entrelazados y

cruzados entre sí, significan la unidad indisoluble y la comunión de las tres divinas Personas. La teología griega hablaba de “perichoresis” de las Personas divinas, palabra que indica un movimiento cíclico, semejante al girar de una rueda. Una expresión cuyo significado sería también “vivir cada uno en el otro y abrazarse mutuamente”.⁹ Es un dinamismo que no podemos imaginar ni describir en forma adecuada. La versión latina de ese término “circumincessio”¹⁰ señala que cada persona contiene a la otra y al participar de un movimiento gozoso habita y vive en ella. La vida divina gira sin un antes y sin un después, sin una preeminencia o subordinación de una de las personas con respecto a la otra. Es un intercambio de vida sin interrupción, un perfecto girar comunitario que constituye la eterna, activa y divina “koinonia” de la unidad trinitaria.



Símbolo de la Trinidad: tres anillos entrelazados indicando la unidad indisoluble y la reciprocidad de las tres divinas Personas

Diseño en la bóveda del presbiterio

El diseño hace pensar también en una danza, una coreografía divina que imita los movimientos rítmicos de un baile popular, como posibilidad para representar la recíproca inhabitación y comunión de la divina Trinidad. La Perichoresis¹¹ evoca la idea de que en ese movimiento extremadamente vivo existe entre las tres distintas Personas una relación mutua de idéntico nivel.

La relación mutua, la absoluta igualdad y unidad en la diversidad propias del símbolo expresan a Dios como misterio de relación, que se comunica como comunidad inimaginable, abriéndose libre-

⁹ “Perichoresis”: envolver, rodear, inhabitar el uno en el otro.

¹⁰ Inhabitar, rodeándose mutuamente.

¹¹ Véase explicación en el N°9.

mente para abarcar incluso aquello que no es parte de su ser. En esta danza divina de la vida, el mundo creado es integrado como compañero, y no obstante su fragilidad, está destinado a reflejar la realidad trinitaria. Ya la encarna en los momentos sacramentales al vivir la amistad, la sanación, justicia y comunión de amor.

Solamente el lenguaje de los símbolos y de la poesía puede suscitar un atisbo del misterio divino. Así como partiendo de la grandeza y hermosura de lo creado se puede deducir el esplendor y la sublimidad del creador, así también en este simple diseño de la bóveda se afirma que la Santísima Trinidad lo supera todo y que ella se debe todo honor y gloria como lo expresa y canta la solemne doxología de la santa Misa. El decorado del altar mayor tiene como objetivo la revelación de este misterio realizado por el Hijo de Dios y por la acción del Espíritu Santo en la historia.

*La acción del Espíritu Santo en los
momentos cruciales de la historia
salvífica: anuncio de la Encarnación,
el bautismo de Jesús,
venida del Espíritu Santo sobre
María y los apóstoles.*

Iglesia del Espíritu Santo -
Altar mayor
Tallado en madera



4 ALTAR MAYOR – VENIDA Y ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

El altar mayor fue encargado por Arnoldo Janssen en los talleres Cuyper de Roermond e instalado en la iglesia en septiembre de 1904. Antes de la reforma litúrgica de 1966, el altar se hallaba en el centro del presbiterio, directamente debajo del símbolo de Trinidad. En ese lugar está actualmente la mesa del sacrificio en la que se celebra diariamente la Eucaristía.

Al contemplar por separado los detalles del altar, la atención se detiene en dos escenas, o sea, a la izquierda el anuncio de la Encarnación y a la derecha, el bautismo de Jesús y en el centro, la venida del Espíritu Santo sobre María y los apóstoles. De modo que la acción del Espíritu Santo se halla simbolizada en los momentos cruciales de la historia salvífica. Esto hace del templo un reflejo del cielo, pues así como en la eternidad las distintas épocas están todas presentes, así también el orante puede observar en un instante los eventos más importantes de la historia salvífica. Pero no sólo verlos, sino mediante una contemplación orante, tomar conciencia de ser parte de esta historia de salvación y hacerla realidad en su vida.

4.1 En el ala lateral izquierda: la Anunciación del Señor

El sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de galilea, llamada Nazaret, a un virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo." Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaba aquel saludo: El ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin." María respondió al ángel: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" El ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y éste ya es el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios." Dijo María: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra." Y el ángel, dejándolo se fue. (Lc 1,26-38)

En la imagen del ala izquierda del altar, el espectador puede ver la escena de la Anunciación. María está en actitud orante, arrodillada en un reclinatorio, propio del arte y religiosidad del tiempo de la fundación. Tiene la mano izquierda apoyada sobre el reclinatorio junto

aun libro abierto, y la derecha sobre el pecho; con la cabeza inclinada en actitud de escucha, adoración y entrega, parece decir: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,36). Esta actitud se refleja también en su rostro.

Delante de ella está el ángel Gabriel con la mano derecha en alto y los tres primeros dedos levantados, en la izquierda sostiene una azucena. Su expresión es de respeto y dignidad. A su derecha descienden tres rayos, símbolo del poder de lo alto, de la presencia del Espíritu y de la Santísima Trinidad.

En la Sagrada Escritura, los ángeles son emisarios que transmiten mensajes, cumplen órdenes y anuncian decisiones de parte de Dios. A veces responden también a una manifestación divina.¹² El ángel Gabriel aparece como el gran representante de Dios. En el anuncio del nacimiento de Juan, él revela su nombre, diciendo: “Soy Gabriel, el que está delante de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena nueva” (Lc 1,19).



La anunciación del Señor –

Ala izquierda del altar

¹² Una figura especial al respecto es el emisario de Yahvé cuya aparición es señalada como manifestación de Dios y al mismo tiempo como la de un ángel. Así en Éxodo 23,20-22, el ángel de la alianza que protege a Israel y lo precede. “Pórtate bien en su presencia y escucha su voz... pues en él está mi nombre” (Ex 23,21). Este ángel parece distinto de Dios aun cuando su actuación es la de Yahvé.

La belleza del cuadro y el oro de las vestiduras, expresión del amor y veneración de los fieles, hacen olvidar el pobre contexto de esta hora de Nazaret. María, en hebreo Miriam, una joven comprometida que contaba unos 13 a 15 años de edad, residía en el apartado pueblito de Nazaret, provincia de Galilea. Su casa paterna era pobre y modesta, su pueblo natal no gozaba de gran fama. (Cf Jn 1,46). Era tan insignificante y pequeño que ni una sola vez es nombrado en los 46 libros del Antiguo Testamento. Y lo que san Pablo escribe a los corintios se podría decir también de la joven María de Nazaret: “Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios” (1 Cor 1,27-29).

“El nombre de la virgen era María.” A modo de introducción se menciona dos veces la virginidad de María. El término “virgen” señala a María como una joven casadera, pero que aún no estaba casada. El compromiso ya la vinculó a José aun cuando no vivía con él. Según la costumbre de aquel entonces, la convivencia tenía lugar a continuación de la boda, más o menos un año después de celebrado el compromiso. José, el esposo de María, procedía de la “Casa de David”. Este origen de José aseguraba al hijo esperado de María la pertenencia a la estirpe real. Esto significa que también María era de condición real, porque según la costumbre de ese tiempo, los varones sólo contraían matrimonio con mujeres de su mismo linaje. Pero a esa altura de la historia el esplendor y la fama del linaje de David había palidecido dando lugar a la pobreza.

Para el sentir israelita de aquel entonces, era inusual que el ángel fuera enviado a una virgen igual que a un sacerdote oficiando en el santuario, como por ejemplo, Zacarías (Cf Lc 1,11-20). Esto demuestra la libertad del amor de Dios y de su designio, que se revela dónde, cómo y cuándo quiere y no se deja encasillar en un determinado orden cultural.

El ángel dijo a María: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.” Era el saludo de la población pobre de Jerusalén. En lugar del nombre la llama “llena de gracia”, es decir, obsequiada, elegida, mu-

jer a quien Dios se dona. Luego añade: “el Señor está contigo”, con ello expresa la presencia y cercanía divina que sería como la clave que pone de manifiesto la vida de María.¹³ Algunos autores ven en estas palabras un paralelo con Sofonías 3,15 “Yahvé está en medio de ti”. Repetidas veces los santos Padres de la Iglesia designan a María nueva casa de Dios, tienda escatológica de la presencia de Dios entre los hombres.

La afirmación “el Señor está contigo” vale de modo especial para María, su vida fue penetrada y rodeada por el amor de Dios y estuvo llena de su presencia. Sin embargo, ante la experiencia inauditamente poderosa de la presencia divina, María reacciona atemorizada. El texto no dice que la haya asustado la vista del ángel, sino de las palabras: “llena de gracia, el Señor está contigo”. Se trata de un encuentro con Dios en el ámbito de su corazón que supera el encuentro con el ángel en el ámbito de su casa. Dios el Señor, el Santo de Israel, al entrar en la intimidad de su ser le hace experimentar que ella es su elegida, su agraciada, su hija muy querida. María se estremece ante la vivencia de tan desmesurada benevolencia y gracia. Reflexiona acerca del significado de ese saludo ¿quién es ella ante Dios? En la tradición del Antiguo Testamento se decía que nadie puede ver a Dios y seguir viviendo, y que la sola visión del arcángel Gabriel hizo que el profeta Daniel cayera desvanecido.

El ángel la tranquiliza: “No temas, María”. La llama por su nombre, la identifica: Sí tú, María de Nazaret, simple mujer del pueblo hebreo, eres la agraciada. Vuelve a repetir: “Has hallado gracia ante Dios”. Que ella sea algo ante Dios no es debido ni a sus propios esfuerzos ni a sus méritos personales, sino que en su caso se puede decir de verdad que todo es gracia. La impotencia humana hace que intervenga la omnipotencia de Dios. Martín Lutero dijo cierta vez: “Es

13 En el Antiguo Testamento, Dios promete su presencia y poderosa acción a personajes importantes. Así, por ejemplo, en el llamado de Moisés, cuando éste presenta sus reparos en aceptar la ardua misión de liberar a Israel, Dios le dice: “Yo estoy contigo” (Ex 3,12). También cuando Jeremías se resiste al llamado oye las palabras: “No les tengas miedo, yo estoy contigo” (Jr 1,7-8). Al apóstol Pablo en Corinto Dios le infunde valor y confianza para el cumplimiento de su misión con las palabras: “¡No tengas miedo! Sigue hablando y no calles; porque yo estoy contigo” (Hch 18,9-10)

propio de la naturaleza divina crear algo de la nada y así Dios nada puede hacer en quien no llegó a la nada.” María es esa nada humana en la que Dios puede demostrar su omnipotencia y su amor.

A continuación del saludo, aludiendo a inequívocas promesas vetotestamentarias¹⁴ el ángel anuncia a María el nacimiento de un hijo que recibirá el nombre de Jesús “Yahvé salva”. Como señal libremente ofrecida¹⁵, el ángel se remite a la maternidad extraordinaria de Isabel que, igual al caso anunciado a María, se basa en la omnipotencia de Dios.

La respuesta caracteriza a María como una creyente ejemplar, que semejante a los profetas convocados para un servicio especial, se pone a disposición del Señor y de su palabra.

María da su consentimiento desde la fe sin antes cerciorarse acerca de la señal ofrecida. Al reputarse como “esclava del Señor” no solamente expresa su lógica religiosa, sino que acepta también lo que el Señor concretamente ha dispuesto para ella. En el concepto cristiano, el sí de María es considerado la cumbre de una actitud perfecta frente a Dios. Llegó a ser la palabra clave que designa de un modo ideal la disponibilidad pasiva y la prontitud activa, el vacío más profundo y al mismo tiempo la plenitud más total. El ángel se retira tan inadvertidamente como había entrado, dejando todo en las manos de Dios. Con su disponibilidad María creó el espacio para que Dios realizara su milagro.¹⁶

María está disponible para Dios. Ella representa al íntegro pueblo de Israel y a todos los que esperan. Encabeza el pueblo de Dios aguardando y esperando al Mesías. El evangelio de san Lucas la presenta como el prototipo de quien experimenta la presencia de Dios y responde a ella. En María la vivencia de Dios y su relación con la Trinidad – con Jesús, con el Padre y con el Espíritu Santo – es modelo para todos los que quieren ser discípulos y discípulas de Jesús, esmerándose para que la Palabra de Dios adquiera forma en su propia carne. Todo lo que se informa y sucede en el Evangelio con

14 Gn 16,11; Jc 13,3; Is 7,14

15 Difiere del caso de Zacarías

16 Schürmann, Heinz: Das Lukasevangelium. Erster Teil – Friburg, 1969, p. 39-64

respecto a María eso mismo sucede con cada uno de los que creen. María es la primera discípula que creyó en la Palabra del Señor.

La descripción contemplativa invita a reflexionar en adoración el incomparable misterio de la encarnación del Hijo de Dios. El poder y la dinámica creadora de Dios, para quien “ninguna cosa es imposible”, realiza el milagro en María. Es el Espíritu que al comienzo de la creación flotaba sobre las aguas (Gn 1,2) y que “al fin será derramado desde arriba” (Is 32,15). Con ese mismo proceso creador, la omnipotencia divina creará un niño en el seno de María. Como la nube cubría la Tienda de la Reunión (Ex 40,34-35) así el poder de Dios vendrá sobre ella y será fecundo en ella.

Para san Arnoldo la festividad de la Anunciación era ante todo una fiesta de la encarnación del Verbo de Dios, considerada por él como la obra más sublime de la Santísima Trinidad. “El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14). El fundador tuvo un cariño especial a este texto. Durante su niñez lo oyó y repitió diariamente en la oración de la noche y luego, lo hizo parte de su vida. Este misterio impregnó su vida y su mundo espiritual. En sus charlas religiosas, lo mencionaba a menudo con emoción interior.

Dirigiéndose al Verbo de Dios, exclama: “¡Oh, Hijo de Dios, revestido del manto miserable de nuestra carne!” Hablando de la encarnación usa distintas expresiones: “el instrumento más selecto del amor de la Santísima Trinidad, sol del amor.” “El Verbo eterno entró en nuestra ruta terrena para conducirnos a la gloria, para hacernos hermanos suyos. Sí, el Hijo de Dios se hizo hermano nuestro.”¹⁷ Deseaba que sus hijos e hijas espirituales meditaran a menudo el eterno origen del Divino Verbo, su aparición temporal en este mundo y se entregaran a él de todo corazón.

En un antiguo bosquejo para la regla, escribió: “Cristo designa su íntimo amor a la humanidad bajo la figura del esposo que ama a su

17 Fischer, Hermann SVD: Tempel Gottes seid ihr! Die Frömmigkeit im Geiste P. Arnold Janssens, Steyl, 1932, p. 164

esposa. Es una imagen tierna. Sí, se desposó con la naturaleza humana como con una esposa.” El fundador, no obstante su habitual sobriedad, abunda en exclamaciones de asombro y adoración ante este insondable misterio, por ejemplo: “Que lleguemos a reconocer los tesoros de gracia, de salvación y felicidad que tenemos en nuestro divino Salvador, para que con todas la fuerza de nuestro espíritu y todo el amor de nuestro corazón estemos adictos a él y lo amenos para siempre con un amor total e indiviso.”¹⁸

También en la vida de la beata María Helena Stollenwerk puede verse esta emoción ante el misterio de la encarnación del Verbo de Dios. Se sabe de su extraordinario amor a la presencia de Jesús en la Eucaristía. La veía como un paralelo directo con la presencia del Verbo de Dios en el seno de la Virgen María. Su vida estaba impregnada de una fe viva en la permanente presencia del Verbo encarnado en la Eucaristía y en el corazón humano. La actitud de María es una invitación a estar atentos a la voz del Espíritu y de hacer de la vida un sí disponible para que el Verbo de Dios pueda tomar forma en nuestra vida.

18 Fischer, ya citado, p. 160-165

4.2 El bautismo de Jesús – aleta derecha del altar

En el ala derecha del altar está representado el bautismo de Jesús. Él está con los pies en las aguas del Jordán, tiene las manos unidas, el rostro en actitud de oración, la mirada recogida. A su derecha está Juan, de pie sobre la ribera; tiene la izquierda apoyada en el bastón y con la derecha derrama el agua sobre la cabeza de Jesús. También el rostro del Bautista refleja recogimiento y atención. Está totalmente concentrada en la acción del momento. En el espacio superior que media entre ambos, aletea una paloma, símbolo del Espíritu Santo.

Toda la escena irradia recogimiento, respeto y una misteriosa intuición de que algo grandioso está sucediendo: Jesús se ha colocado en la fila de los que piden a Juan el bautismo, signo de conversión del corazón.

“En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisania tetrarca de Abilene; en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados... Sucedió que cuando todo el pueblo estaba



El bautismo de Jesús – Ala derecha del altar

bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Lc 3,1-3. 21-22).

El tercer capítulo del evangelio de san Lucas ubica la actividad de Juan Bautista en el contexto del momento histórico. En primer lugar, menciona al emperador romano, y a continuación a su representante a nivel nacional, y junto a éste a los vasallos del imperio. Y sólo en tercer lugar, a las autoridades espirituales del pueblo hebreo. Esta secuencia quiere señalar que la encarnación del Verbo de Dios tuvo lugar en un momento determinado y bajo circunstancias sociales y políticas concretas. Pero ante todo, trata de afirmar la importancia universal del bautismo.

Según atestiguan los evangelios, la profundidad y fuerza con que Jesús experimentó la presencia del Espíritu Santo en el momento del bautismo le hizo tomar conciencia de su llamado y vocación mesiánica. Tal revelación sólo tiene lugar lejos del bullicio y de la agitación mundanal. Partiendo de la vivencia de la primera comunidad cristiana, los sinópticos¹⁹ relatan el bautismo de Jesús como un evento percibido también sensorialmente, pues con unanimidad afirman que Jesús “vio” algo (Mt 3,16). De este modo, acentúan el aspecto personal y que el Espíritu de Dios es una realidad que afecta a la persona en su sentir más profundo.

Lucas describe el bautismo de Jesús como un acto de solidaridad con la población. Jesús compartió la vida y la suerte de su pueblo y también de la mayoría de las personas que, sin abandonar su vida oculta, dicen su Sí a Dios en las situaciones duras y monótonas del trajín diario. Jesús se sumó a todas ellas para formar una nueva sociedad y vivir la entrega al Padre. Con el bautismo dio comienzo a su vida pública como profeta y Mesías del pueblo de Dios.

Los escritos de la Antigua Alianza anuncian la venida del Espíritu

19 Se da el nombre de sinópticos a los tres primeros evangelios: de Mateo, Marcos y Lucas. Además de una gran similitud, tienen también fuertes diferencias. Al agrupar e imprimir estos textos en columnas paralelas, se tiene una visión de conjunto llamada sinopsis, de ahí el nombre de sinópticos.

en la plenitud de los tiempos.²⁰ El futuro Mesías, de estirpe real, sería dotado con los dones del Espíritu.²¹ En la época de Jesús, se tenía la convicción que el Espíritu de Dios estaba ausente y que regresaría al final de los tiempos con el verdadero profeta.²² Reinaba la sensación de una cierta ausencia del Espíritu. Los profetas anunciaron su efusión copiosa para los tiempos finales, en la era de la Nueva Alianza que se caracterizaría por la presencia del Espíritu en el corazón humano. El judaísmo contemporáneo de Jesús no desconocía la función escatológica y final del Espíritu. Desde Malaquías ya no hubo profetas. Por eso el Nuevo Testamento puede decir: “Aún no había Espíritu, pues Jesús todavía no había sido glorificado” (Jn 7,39).

En medio de esta situación, Juan Bautista anunció la inminencia de un bautismo en el Espíritu Santo y en el Fuego (Lc 3,16). Los cielos se abrieron, el Espíritu bajó sobre Jesús y se oyó la voz de Dios. Según los evangelios sinópticos, esto significaba que había llegado la era final y que era Jesús el que bautizaría en el Espíritu Santo. En el bautismo, Jesús quedó expresamente dotado del Espíritu. También en los comienzos de la Iglesia está la venida del Espíritu (Hch 2,1-4. 17-21. Al vincular Lucas la misión del Bautista, y especialmente la de Jesús, con la acción del Espíritu, quiere señalar que comenzó la era final, la que no puede separarse de la persona de Jesús. La voz venida del cielo lo confirmó. Él es el Mesías, el Hijo de Dios. El mismo Dios se dirigió benévolo hacia él. Así el bautismo fue la base y el punto de partida de su actividad pública en Galilea, que fue ratificada en la transfiguración de Jesús (Cf Lc 9,28-36).²³

Fue esta experiencia inaudita del Espíritu la que indujo a Jesús a comenzar su actividad pública, a entregarse totalmente al anuncio del Reino de Dios. Los evangelios no dicen que ésta fue la primera vez que el Espíritu Santo descendió sobre Jesús, sino que desde entonces se manifestó en su plenitud. Después de esta experiencia, Jesús se declara testimonio de Dios y de su amor incondicional al

20 Jl 3,1; Nm 11,29; Ez 2,3; 3,5

21 Is 11,2; 61,1 y sgtes.

22 1M 4,46; 14,41

23 Véase Dillmann, Rainer y otros: *Das Lukasevangelium*, Verlag Katholisches Bibelwerk, Stuttgart, 2000, p. 68-70

hombre. Toda su vida pública, sus palabras y acciones, su entrega al Padre por el hombre hasta la muerte en la cruz, todo lo realizó movido por este Espíritu.

Es notable que en Lucas 4,14-21 al leer en la sinagoga de Nazaret el texto de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido y enviado a anunciar la buena nueva a los pobres” (Is 61,1-2) Jesús lo aplicó expresamente a su persona al decir: “Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”. Jesús se sabe el “ungido” anunciado por los profetas, al que el Espíritu ungió de modo especial para su actuación mesiánica y para anunciar el año de gracia.

La Iglesia primitiva proclamaba que “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret” (Hch 10,38). Él nació del Espíritu (Lc 1,35). Sobre él bajó el Espíritu en forma visible. Los sinópticos acentúan la realidad del Espíritu presente al describir su venida visible, Lucas agrega además: “en forma corporal”. En el cuarto evangelio se encuentra la afirmación: “el Espíritu baja y queda sobre él” (Jn 1,31). Su presencia constante fue parte de la vida de Jesús. Fue una presencia completa y total. “Dios le da el Espíritu sin medida” (Jn 3,34). Basilio de Cesarea escribe al respecto: “Primero estuvo presente en la carne del Señor, siendo para él unción y compañía inseparable... Luego, cada acción de Cristo se realizó en presencia del Espíritu... Estaba inseparablemente unido a él cuando obraba milagros... No lo abandonó después que resucitó de entre los muertos.”²⁴

En el Antiguo Testamento, hay momentos determinados en los que descendía el Espíritu sobre los profetas y carismáticos, impulsándolos a realizar obras especiales, pero actuando sobre ellos desde fuera. En cambio en Jesús, el Espíritu moraba sin exteriorizar esplendor y violencia, sino con la serenidad de una plenitud interior. Los evangelios mencionan una sola vez que Jesús exultó de gozo en el Espíritu Santo (Lc 10,21). Pero el Espíritu siempre estaba presente en él. Le hacía hablar con autoridad, obrar con poder y expulsar con fuerza a los demonios (Lc 11,20; Mt 12,28). Entre él y el Espíritu había

24 Durrwell, F.X. Der Geist des Herrn. Tiefe Gottes – Schöpferische Weite – Salzburg, 1986

una unión esencial y una incesante colaboración. Siendo que, en cierto modo, la presencia del Espíritu en Jesús era algo natural, los evangelistas no la mencionan con frecuencia. Solamente la destacan en momentos decisivos para hacer notar que esta presencia acompañó toda la vida de Jesús, haciendo comprensible su modo de actuar.²⁵

Por la presencia del Espíritu, Jesús es consagrado y ungido como Mesías. Esta consagración es propia de la persona de Jesús, es el sello de su filiación divina. La unción del Espíritu y el título mesiánico se condicionan mutuamente. Pedro, al señalar a Jesús como Mesías y ungido de Dios, afirma: que fue “con el Espíritu Santo y con poder” (Hch 10,38).

Jesús vino al mundo en la “sombra” del poder divino, y debido a este origen, es santo e Hijo de Dios (Lc 1, 35). El Espíritu aleteó sobre Jesús en el Jordán y se oyó la voz de Dios: “Este es mi Hijo amado” (Mc 1,11). Al ver que el Espíritu queda sobre Jesús, el Precursor atestiguó: “Este es el elegido de Dios” (Jn 1,34). En la Transfiguración, aparece una nube (2 P 1,17 ss) y desde ella suena la voz que dice: “Este es mi Hijo amado” (Mc 9,7) ¿Puede ser la nube un símbolo del Espíritu? Un comentarista espiritual señala la Transfiguración como revelación de la Trinidad, deduciendo que la nube de la gloria de Dios es símbolo del Espíritu Santo.

25 Durrwell: a.a.O. S. 52

4.3 La cruz – La entrega de Jesús en el Espíritu

En el centro del altar mayor se halla la cruz en la que Jesús inmoló su vida entregando su espíritu en las manos del Padre: “Padre, en tus manos entrego mi espíritu” (Lc 23,46). Según san Juan, levantado en alto Jesús atrae a todos a su corazón traspasado por la lanza (Jn 12,32; 19,34). De este modo, llevó a cabo su obra, no sólo dando cumplimiento a la misión que el Padre le encomendó, sino llevando también a plenitud su vida humana.

El hombre, todo hombre, a lo largo de su vida está en un proceso de crecimiento.

Dentro de las posibilidades que se le dan, deberá decidir su humanización en lo físico y psíquico y ante todo, en su ser espiritual, en la autenticidad de su persona. Ésta va madurando a través de todas las decisiones libres. También el cristiano tiene que hacerse siempre más cristiano. Lo ocurrido sacramentalmente en el bautismo deberá hacerse realidad en lo existencial a través de todos los eventos humanos con una constante identificación con Cristo. Esta identificación alcanzará su culminación en la muerte, unida a Cristo en su muerte y resurrección (Cf Rm 6,3; 2Tm 2,11).

Por la encarnación, Jesús estuvo sujeto a la ley del desarrollo progresivo. No obstante ser Hijo de Dios en el espíritu, en lo humano tuvo que empezar a ser lo que ya era. En lo concreto de su vida humana, Jesús vivió su entrega al Padre. Siendo totalmente hombre sujeto a la ley del crecimiento y de la madurez, pudo y debía crecer y progresar también en cuanto a la entrega y obediencia al Padre. Se dedicó por completo a su existencia humana y a su situación histórica, y precisamente en este encuentro concreto con los hombres trató de ver la voluntad del Padre.

Esa voluntad le fue revelada cuando a los doce años quedó en el templo para “estar en las cosas del Padre”, pero también en la concreta voluntad de María y José con quienes bajó a Nazaret y, por espacio de treinta largos años, “vivió sujeto a ellos” (Lc 2,51). Jesús vivió su entrega en la cotidianidad del artesano, oculto a los ojos del mundo y conocido sólo por el Padre. No buscó su propia voluntad,

no aspiró a ser Dios, como el primer Adán, sino que se anonadó a sí mismo. Aunque era de condición divina, no se aferró a ella (Cf Flp 2,6). Se anonadó en lo cotidiano de la vida. En sus decisiones libres como hombre tenía que obrar de conformidad a su filiación, aceptarse constantemente desde el Padre, estar abierto a su poder (Cf Jn 5,36; 10,25). Tenía que anunciar la palabra del Padre (Cf Jn 14, 24; 17,14), encontrar su alimento en la voluntad del Padre (Cf Jn 4,34) y finalmente, entregarse totalmente al Padre en la muerte, dejando en sus manos la realización del Reino, ese Reino por el que había vivido y dado testimonio.

En todo esto, Jesús actuó en la fuerza del Espíritu. Nacido del Espíritu (Cf Lc 1,32-35), su Corazón humano fue formado por el Espíritu Santo y guiado por él. En la vida de Jesús, el Espíritu fue la potencia impulsora que lo condujo a la realización y consumación de su misión redentora. En virtud del Espíritu llegó, a través de su libertad humana a ser aquello que era desde un principio: el Hijo de Dios en este mundo.

En Jesús latía el corazón de un Hijo. Para san Arnoldo, fundador de la obra de Steyl, uno de sus temas predilectos era la relación del Corazón de Jesús con el Espíritu Santo. Le gustaba considerar el Corazón humano de Jesús como morada del Espíritu Santo y de toda la Trinidad. En los evangelios, Jesús menciona pocas veces al Espíritu



La entrega de Jesús en el Espíritu

La cruz del altar

Santo y nunca se dice que el Espíritu moraba en su Corazón haciéndolo Hijo de Dios. Desde la eternidad Él era el Hijo y nunca conoció a Dios de otro modo sino como Padre. La filiación era parte de su íntima esencia. Su relación con el Padre fue tan íntima y confiada como la de un niño pequeño con su padre o su madre. Por eso expresó esta relación con la tierna palabra “Abba”, sin duda que era una invocación desconocida para la piedad judía. Esta expresión era tan familiar que hubiera sido irreverente emplearla en el trato con Dios.

Este fue el modo habitual de Jesús en el trato con su Padre durante su vida terrena. Esta es una de las expresiones “muy personales” de Jesús que nos transmitieron los evangelistas, y es tan original que incluso el texto griego lo conservó en su primitiva forma aramea. Jesús estaba tan unido a su Padre que, a impulsos de la inspiración interior, esta invocación le subía automáticamente a los labios. El gemido del Espíritu llenaba su Corazón. San Pablo después de su conversión experimentó una nueva familiaridad con Dios que no había conocido antes. Según él, es la presencia del “Espíritu del Hijo” que en el corazón humano clama “Abba, Padre” (Ga 4,6). Ese mismo Espíritu nos atestigua que somos hijos de Dios haciendo resonar en nuestro interior la íntima invocación “Abba”. Es el mismo Espíritu del Hijo que nos hace participar en la comunión de Jesús con el Padre (Cf Rm 8,15-17).

El crecimiento y la madurez del ser humano tan sólo en la muerte llegan a su perfección. Sólo entonces se hacen definitivos. Antes de la muerte nada está acabado. Una acción efectuada en el presente, para ser una realidad estable, tiene que ser repetida en el mañana. Ninguna decisión humana es absoluta y definitiva. Sólo en la muerte se obtiene su estado definitivo. En la soledad y en el misterio de la muerte, el hombre logra la culminación determinante.

Jesús fue totalmente hombre, incluso también en su plenificación en la muerte. Experimentó en la muerte la realización de su ser humano como Hijo de Dios. El autor de la carta a los hebreos menciona varias veces que Jesús se perfeccionó en la muerte (Hb 2,10; 5,9; 7,28).

La filiación de Jesús culmina en la muerte. Él es “el Hijo único que está en el seno del Padre” (Jn 1,18). Como hombre, fue plenamente

“hijo” cuando llegó su hora de pasar de este mundo al Padre (Cf Jn 13,1). La carta a los hebreos presenta el acto redentor como la entrada de Jesús en el santuario del cielo, es decir, como la íntima comunión con el Padre, y así adquirió una redención eterna (Cf Hb 9,11ss). Ángeles a ambos lados de la cruz

Por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo a Dios (Hb 9,14) y de esta manera entró en comunión con Dios. Como hombre terreno, sin la fuerza de arriba, sin el poder del Espíritu, no hubiera podido elevarse al Padre. Sin ese poder no hubiera podido recibir la plenitud de Dios que, superando la debilidad humana, se abre a horizontes infinitos. En la muerte, la vida de Jesús se perfeccionó en el Espíritu Santo.

En el momento de la muerte se realizó la perfecta entrega de Jesús al Padre. Así como a través de pruebas y sufrimientos el hombre se va capacitando a una apertura y entrega antes no conocida, así Jesucristo “con lo que padeció experimentó la obediencia” (Hb 5,8), una obediencia absoluta hasta la muerte (Cf Flp 2,8), y así “llegó a la perfección” (Hb 5,9). Según el evangelio de Juan, Jesús reveló el amor del Padre al Hijo, y la obediencia filial de éste mediante la entrega total: “El Padre me ama porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo” (Jn 10,17; Cf Jn 14,31).

Tan sólo mediante su completa entrega en la muerte Jesús llegó a Dios Padre. Antes, todo estaba en proceso de realización y tan sólo en la muerte se hizo realidad su entrega incondicional: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15,13). En su muerte, Jesús se entregó confiadamente en las manos del Padre (Cf Lc 23,46).

El evangelista Lucas presenta a Jesús como al gran orante que vivió en íntima familiaridad con Dios. Expiró a la “hora nona”, la hora de la oración pública en el templo de Jerusalén. En esta postrera plegaria de Jesús se revela el deseo profundo de su Corazón y por consiguiente, el verdadero sentido de su muerte. En el sacrificio propiciatorio realizado por Jesús, los ritos oblativos fueron sustituidos por un Corazón orante mediante la entrega de la propia vida: “Sacrificio y oblación no quisiste; los sacrificios por el pecado no te agra-



Ángeles a ambos lados de la cruz

daron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad!” (Hb 10, 6ss).

La oración es una “elevación del espíritu” a Dios.²⁷ - Así también Jesús se “elevó” al Padre, y en su plegaria expresó de modo especial el misterio de su filia-

ción orientada hacia el Padre. Al llegar la hora de pasar de este mundo al Padre (Cf Jn 13,1) se elevó con todo su ser a Dios. En cierto modo, Él mismo se transformó en plegaria, en Hijo que existe totalmente para Dios.

Es el Espíritu quien conceda la fuerza para la propia entrega y suscita el ímpetu de la oración, y en situaciones extremas infunde confianza filial. En su libertad humana y en virtud del Espíritu, Jesús aceptó en su integridad el don del Padre que lo hizo autor de salvación para todos (Cf Hb 5,9)²⁸

La salvación es esencialmente comunión e intercambio. Pues la alianza definitiva quedó decidida y sellada. Quedó inscrita en lo íntimo del misterio divino. La humanidad de Jesús entró en el misterio trinitario. Del hombre depende ahora asentir a esta alianza y entrar en comunión (Cf 1Co 1,9).

²⁷ Juan Damasceno, en Durrwell, antes citado, p. 55.

²⁸ Durrwell, antes citado p. 61-65.

El contacto entre Jesús y el Espíritu fue tan íntimo en la muerte y glorificación de Jesús que casi es imposible diferenciarlo: Cristo fue hecho “espíritu de vida” (1Co 15,45). Su misterio pascual fue como un nacimiento en el que Dios dice: “Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy” (Hch 13,33). La naturaleza humana de Jesús fue elevada por el Espíritu a los orígenes eternos de la filiación.

Jesús sigue siendo siempre un recién nacido en el Espíritu. A esta eterna generación en el Espíritu, él siempre responde exclamando con amor y gratitud: “¡Abba!, ¡Padre!”. Si el hombre entra en comunión con él, se hace una nueva creación, un hijo de Dios que se une a la voz de júbilo y gratitud del Unigénito. Siendo de Cristo ya no hay diferencias que separan: “Ya no hay judío ni griego... Ya que todos son uno en Cristo Jesús” (Ga 3,28).

Todos están llamados a entregarse, y esto no sólo en la vida, sino también en la muerte. Como hijos de Dios y como redimidos por Cristo podemos hacer de nuestra muerte una ofrenda. La entrega a Dios y al prójimo renovada tantas veces en la vida logra su culminación y su última plenitud y madurez también en la muerte. Se en-



Cuatro ángeles con los instrumentos de la pasión de Jesús

Imágenes de la parte superior del altar

tra en la comunión de amor de Dios uno y trino, meta hacia la cual tiende toda vida para tener sentido y orientación.

En la víspera de su muerte, Jesús dijo a sus discípulos: “Les conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito” (Jn 16,7). Sólo después que Jesús se alejó de sus discípulos, ellos fueron capaces de comprender cabalmente lo que significó para ellos su vida, sus palabras y acciones. ¿Acaso no sucede lo mismo con nosotros en la muerte de aquellos a quienes queremos? La muerte de personas queridas nos da la posibilidad de una nueva comunicación y cercanía que antes no estaba o no era posible. Tan sólo cuando hayamos muerto nuestro espíritu puede ser revelado totalmente en lo que somos y hemos sido.²⁹ Lo dicho vale ante todo respecto a nuestros venerables y santos, pero también en relación con nuestras hermanas que han vivido y amado, rezado y sufrido en esta casa, y aquí consumaron la entrega de su existencia. Durante la vida su capacidad de amor se vio restringida por las limitaciones humanas. Después de su muerte estas personas ya no están impedidas a brindarse en una entrega total. Ahora nos pueden enviar su espíritu y hacernos posible a vivir con ellas una nueva comunión.

De nosotras depende percibir ese espíritu y esa atmósfera de amor y oración, dejando que el silencio y la calma del ambiente sacro actúen en nosotros. Entonces podrá volverse una fuente espiritual de energía, y la oculta presencia de todas aquellas que aquí rezaron y ofrendaron su existencia nos dará nueva vida y esperanza. Ya pasaron más de 100 años desde la muerte de nuestras primeras hermanas y desde entonces, muchas las siguieron a la eternidad. Pero todas ellas están más vivas que nunca. Su vida continúa produciendo nuevos frutos en todo el mundo y en cada continente. Su espíritu sigue viviendo entre nosotros.

29 Nouwen, Henri J.M. “Tú eres mi amado” – Vida espiritual en un mundo secular, p. 83-89

4.4 Cuadro central: El primer Pentecostés

En el centro del altar, sobre la cruz, está representada la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. El evangelista Lucas nos describe el comienzo y crecimiento histórico de la Iglesia. Según el evangelio de Juan, Jesús ya entregó su Espíritu al morir. La noche del domingo de la resurrección lo sopló sobre los discípulos y los envió. (Cf Jn 19,30; 20,21-23). Lucas narra la glorificación de Jesús a la derecha del Padre, parte esencial de la resurrección, como ocurrida cuarenta días después (Hch 1,9) y tan sólo a los cincuenta días tiene lugar la efusión del Espíritu:

“Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte de los Olivo... Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían... Todos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse” (Hch 1,12-14; 2,1-4).

El Espíritu apareció en lenguas de fuego. La lengua es símbolo de comunicación, el fuego indica el poder y la santidad de Dios. Jesús había prometido a los Apóstoles: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo... y seréis mis testigos” (Hch 1,8); y según Hch 1,5 les anunció: “Seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días.” Estas palabras las dirigió Jesús a los Apóstoles que luego, con la elección de Matías volvieron a ser doce, símbolo del nuevo Israel.

En el cuadro de referencia, figuran once, con María, la madre de Jesús. La imagen quiere transmitir la experiencia de la efusión del Espíritu Santo en la Iglesia primitiva. Los Apóstoles, reunidos en oración con la Madre de Jesús, repentinamente experimentaron de un modo sin precedentes una nueva presencia de Jesús en medio de

ellos. No lo veían ni lo oían, pero todos tenían la certeza: ¡Él está aquí! En ese Pentecostés, no sólo los Apóstoles reunidos en la sala experimentaron la nueva forma de presencia del Señor resucitado, sino también una gran muchedumbre de peregrinos de diferentes partes del mundo de aquel entonces. Lo experimentaron vivo y presente como viento impetuoso y como fuego que bajó y ardió en su interior.

El fuego vivifica, mueve, ilumina y disipa la oscuridad, Los discípulos sintieron que les ardía el corazón al reconocer repentinamente al mismo Jesús que habían visto vivo después de la resurrección y que ahora estaba en forma nueva y misteriosa en medio de ellos como el Señor. Ya no lo veían con los ojos naturales, sino que lo sentían en lo íntimo del corazón. Es una certeza que como el fuego calienta, ilumina, transforma, moviliza.

Se hallaban sumergidos en una atmósfera misteriosa que no podían explicar ni describir, una atmósfera que todo lo hacía “distinto”. Lo vivenciaron en su relación mutua, porque estaba presente en ellos el Espíritu que habían visto en Jesús durante su vida pública: esa fuerza que salía de él sanando a los que lo tocaba. Se hizo vida entre los discípulos la increíble ternura de Jesús en el trato con el Padre, su confianza ilimitada en la Providencia, la bondad indescriptible con que acogía a las personas, la donación con que se brindaba a todos. A todo esto lo llamaron el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo. Lo experimentaron actuando con fuerza en medio de ellos. Antes de su partida, Jesús les dijo: “Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días” (Hch 1,5). Estas palabras las dirigió Jesús a los Apóstoles que luego, con la elección de Matías, volvieron a ser doce, símbolo del nuevo Israel. En el cuadro de referencia, figuran los doce con la madre de Jesús al centro.

La imagen nos quiere transmitir la experiencia que vivió la Iglesia primitiva en la efusión del Espíritu Santo. Reunidos en oración junto a la madre de Jesús, experimentaron, repentinamente y de un modo sin precedentes, una nueva presencia de Jesús en medio de ellos. No lo veían ni lo oían, pero todos tuvieron la convicción que él estaba ahí. Pero ese día no fueron sólo los discípulos reunidos los que percibieron esa nueva forma de presencia del Señor resucitado, sino

también una gran muchedumbre de peregrinos de las diferentes provincias del mundo conocido en aquel entonces. Experimentaron al Señor vivo y presente como viento impetuoso y fuego abrasador, que bajó sobre ellos y ardió en su interior.

El fuego vivifica, mueve, ilumina y disipa la oscuridad. Los discípulos sintieron que les ardía el corazón al reconocer repentinamente a Jesús, a quien habían visto después de su resurrección, y que ahora



*Pentecostés: la efusión del Espíritu Santo sobre María y los Apóstoles –
Cuadro en la parte media superior del altar*

estaba de forma nueva y misteriosa en medio de ellos como el Señor. Ya no lo vieron con los ojos físicos, sino que lo sintieron en lo íntimo del corazón. Esta certeza era como el fuego que calienta, ilumina, transforma y moviliza.

Se hallaban sumergidos en una atmósfera misteriosa que les resultaba imposible explicar o describir, pero gracias a ella todo se había vuelto “distinto”. Lo percibieron en su relación mutua, porque estaba presente entre ellos el Espíritu que habían visto en Jesús durante su vida pública, esa fuerza que salía de él sanando a los que lo tocaban. Se hizo vida entre los discípulos la increíble ternura de Jesús en el trato con su Padre, su confianza ilimitada en él y en su providencia, la bondad indescriptible con la que acogía a las personas, la donación con que se brindaba a todos.

Todo esto lo experimentaron de modo especial el día de Pentecostés. No fueron bautizados con agua como en el Jordán, sino con el fuego del Amor de Dios, esto es, experimentaron de un modo nuevo la presencia de Jesús en medio de ellos. Llevados por la necesidad de compartir su vivencia, se lanzaron a la calle para anunciar que aquel que con ellos recorrió los caminos de Galilea, que proclamó el Reino de Dios con poder, siendo condenado a muerte por eso, ahora estaba realmente vivo. Ya no podían seguir ociosos, necesitaban compartir con los demás aquello que los colmaba de júbilo y comunicarles cómo sintieron repentinamente arder sus corazones al reconocer que Jesús, el Señor, el crucificado y resucitado, estaba presente entre ellos de un modo nuevo e inédito.

Y la chispa se expandió. El fuego del Espíritu que conmovió a los Apóstoles se posesionó también de los que escucharon sus palabras: “Al oír esto (el mensaje de la resurrección) dijeron con el corazón compungido: ¿Qué hemos de hacer?” (Cf Hch 2,37) y Pedro les contestó: “Convertíos y que cada uno se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de sus pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo.” (Hch 2,38).

Después también éstos hablarían una “lengua nueva” (Cf Hch 2,2-13). Ya no sería el lenguaje del miedo y del recelo, de la desesperación y del desatino, sino el lenguaje de la alegría, de la confianza, de la paz y objetividad. Hablarían de la esperanza y de la vida eterna, después de haber superado lo absurdo de la existencia, del sufrimiento y de la muerte.

La experiencia de la novedosa presencia de Jesús en la comunidad

y en el corazón de cada uno, transformó a todos ellos en hombres nuevos y esforzados. Poco después, en el bautismo de Cornelio, Pedro tuvo una experiencia similar. Mientras todavía estaba predicando, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que lo escuchaban (Cf Hch 10, 44 ss). A los judíos presentes les resultó inconcebible que el Espíritu Santo fuera derramado sobre los que no eran judíos, y que también ellos fueran sumergidos en el fuego del Amor de Dios y bautizados en el Espíritu Santo. Pero Pedro sacó la única conclusión válida, esto es, ¿acaso se puede negar el agua del bautismo a los que recibieron el Espíritu Santo igual que nosotros?

Ésta fue el espíritu de la Iglesia naciente que el cuadro de referencia quiere reproducir. Fue el “ámbito” en el que actuaron los fieles. Para ellos, la presencia del Espíritu Santo no era una teoría, sino vida. Fueron bautizados en el nombre de Jesús, es decir, fueron sumergidos en su Espíritu para vivir animados por su presencia. Esta presencia era el “templo” y allí se encontraron con el Señor y con el Padre.

En virtud de esta inmersión en el Espíritu, de pronto vieron de un modo nuevo el tiempo vivido junto a Jesús. Volvieron a percibir individual y comunitariamente lo que habían visto y oído junto al Maestro, la fascinación que sintieron al seguirlo. Recordaron cómo ardieron sus corazones cuando les anunció el mensaje del Reino de Dios, mensaje que compenetraba su persona; que veía la creación con los ojos del Padre, cuya presencia percibía en cada cosa, tanto en la belleza de la flor campestre como en el vuelo despreocupado de las aves del cielo (Cf Mt 6,26-30) y en la ingenuidad e inocencia de los niños. (Cf Lc 10,46-48)

Ellos incluso habían percibido, tal vez sin entenderlo cabalmente, que el Padre estaba en Jesús de una manera misteriosa, y que Jesús todo lo compartía con el Padre; que la vida y la gloria del Padre estaban en él: “Todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío” (Cf Lc 15,31; Jn 17,10).

Entonces, revivió en ellos de modo inexplicable y nuevo todo lo que habían visto en la vida y persona de Jesús. El bautismo en el Espíritu los transformó completamente. De personas temerosas y asustadizas se volvieron valientes y prontos a testimoniar ante las auto-

ridades del pueblo la resurrección del Señor Jesús, y de sobrellevar por su causa azotes, cárceles y amenazas de muerte.

El espíritu de bondad y donación que habían visto en Jesús comenzó a reinar también entre ellos, así su modo de acoger a los niños, su libertad y apertura en el trato con las mujeres, su actitud de reinserter en la sociedad a los marginados y excluidos, su compasión hacia los enfermos y necesitados, su apertura hacia todos y su predilección por los pobres. Había sido enviado de modo especial a estos últimos y quería reintegrarlos en la comunidad humana, haciendo que experimentaran el amor personal y universal del Padre.

Es probable que antes de la resurrección ellos no fueron capaces de captar en su totalidad el sentido de la potencia revolucionaria del mensaje de Jesús. Tan sólo después, al experimentar la presencia novedosa de su Espíritu, lo comprendieron y ya no hubo necesitados entre ellos. Vendieron sus posesiones y bienes y repartieron el precio según la necesidad de cada uno. (Cf Hch 2,45; 4,34)

Este fue el clima que reinó en la Iglesia naciente, el Espíritu que la animó y el ámbito en el que actuaron los discípulos. Estaban henchidos del Espíritu de Jesús, y en ese Espíritu se relacionaron entre sí, sintiendo la presencia del Señor Jesús en medio de ellos. Su vida en fraterna y común unidad era el templo de su encuentro con Dios. Y todos los que creían en la resurrección del Señor fueron sumergidos en este espíritu y se hacían bautizar en el nombre de Jesús.

4.5 Sumergidos en la esfera del Espíritu

La Iglesia primitiva experimentó esta presencia del Señor resucitado como la culminación de sus anhelos y esperanzas. Para los primeros cristianos esta vivencia fue algo tan radicalmente nuevo que la consideraron como una regeneración, un nuevo nacimiento. En cierto modo, el agua en el que eran sumergidos en el bautismo les recordaba el paso por el Mar Rojo, y al salir de él nacían a una vida nueva en libertad. Pero al mismo tiempo y con más fuerza, el agua simbolizaba el seno materno de Dios del que nacieron, como lo dice

Jesús en el Evangelio de Juan: “El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios” (Jn 3,5).

La nueva forma de vida de los cristianos en la Iglesia primitiva era llamada “vida nueva” y el bautismo o rito de iniciación era el “renacer” a esa vida. En todo ello, se acentúa que el nuevo nacimiento no es obra humana, sino acción divina. Dios mismo nos engendra a una vida nueva. Mediante el bautismo somos engendrados a la vida Trinitaria, don que nos obtuvo la muerte y resurrección de Jesús.

La carta a Tito dice: “Cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo” (Tt 3,4-5). También lo testifica la primera carta de Pedro: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo nos ha regenerado a una esperanza viva” (1P 1,3).

En el prólogo del evangelio de Juan se afirma que los que creen en el nombre de Jesús han nacido de Dios y por lo tanto son hijos de Dios (Cf Jn 1,12-13) Debemos renacer por el agua y el Espíritu Santo (Cf Jn 3,5). Las expresiones seno y dar a luz designan funciones propias de la mujer, por ende, nacemos del seno materno de Dios. En el rito bautismal, el agua simboliza este seno. Al nacer como hijos de Dios llegamos a participar de la vida divina. Nacemos del eterno amor de Dios, o sea, del Espíritu Santo como Jesús.

Esta vida la recibimos en donación, como una semilla o embrión que debe germinar, crecer y desarrollarse. Pedro en su primera carta dice: “Habéis sido reengendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible por medio de la Palabra viva y permanente” (1P 1,23). Es posible considerar la vida entera como un constante “renacer”. Ante cada nueva etapa existencial o situación de mayor exigencia, se experimenta el temor y la ansiedad de un nuevo nacimiento. Uno se ve urgido a salir del recinto de amparo y sustento, para transitar por el oscuro túnel de la duda, del miedo y de la inseguridad hasta atravesar el boquete que lo conducirá a una nueva etapa existencial de superior calidad.

Los primeros cristianos percibieron que por la acción del Espíritu Santo habían renacido a una vida nueva y que realmente eran una nueva creación. Sin embargo, al mismo tiempo sabían que aún estaban en camino y que esa vida nueva no era algo definitivo. Seguían experimentando sus propias debilidades, faltas, imperfecciones y pecados. Por eso, llamaron “camino”³⁰ al estilo de vida de la comunidad cristiana; porque con ellos estaba y caminaba el que había dicho “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). Él era la meta, pero al mismo tiempo caminaba con ellos.

Jesús afirma que para tener parte en el Reino de Dios es necesario nacer de nuevo del Espíritu Santo. Básicamente esto tiene lugar en el bautismo, pero se requiere el proceso de toda una vida para que nazca el hombre nuevo a imagen de Jesús. El hombre está invitado a reposar con Jesús en el seno del Padre (Cf Jn 1,18) y encontrar en Dios su verdadera patria.

Esta es la meta hacia la cual nos dirigimos y la patria que todos anhelamos. Pero no es posible orientarse hacia una meta sin tener de ella un cierto grado de experiencia. Se sabe que el hombre sólo llega a ser hombre con la ayuda de sus iguales. Contrariamente al animal, que desde su nacimiento es capaz de vida y movilidad, el hombre necesita mucho tiempo para llegar a serlo en el sentido pleno de la palabra. Para desarrollar cabalmente los dones y capacidades de los que es portador, necesita el seno de una familia, atención, espacio vital, valores sociales. Análogamente, uno se hace cristiano tan sólo con la ayuda de otros cristianos.

Se necesita el seno de una comunidad y ambiente cristiano para respirar el Espíritu de Jesús. Al hablar de familia o comunidad se alude a algo muy profundo. Por el bautismo, el cristiano queda inmerso en la vida trinitaria. Los primeros cristianos lo experimentaron de modo particular el día de Pentecostés. Con la venida del Espíritu Santo quedaron sumergidos en el fuego que les hizo vivenciar el Espíritu de Jesús. La certeza de la Resurrección de Jesús y su presencia en medio de ellos ardió como fuego en sus corazones, llenándolos

30 Esta expresión se encuentra ante todo en el evangelio de Lucas y en los Hechos de los Apóstoles.

de paz, alegría, confianza y valor para proclamar el mensaje de Jesús. Gracias a ese Espíritu experimentaron una nueva forma de vida en unidad, relación y entrega mutua.

En el bautismo también los cristianos son inmersos en este clima y en esta atmósfera del Espíritu de Jesús. “Respiran” el mismo aire y espíritu de comunión y relación. Este Espíritu los capacita para la mutua aceptación, donación y encuentro, y sana reconciliando.

Esta relación trinitaria no se da sólo a nivel individual, sino que se amplía dando lugar a una dilatada convivencia. El Espíritu trasciende las fronteras haciendo que se descubra el rostro de Jesús en cada ser humano. El recinto íntimo en el que alienta el Espíritu se vuelve espacio universal dando lugar a la historia. El único Espíritu hace descubrir a Jesús en cada rostro humano y sus huellas en todo lo creado.

Este clima divino se vuelve espacio existencial en el que es posible una pluralidad nueva. En el Espíritu de Jesús se puede decir al otro: te acepto tal cual eres, estoy a tu disposición, cuenta con mi amor. Nuestras comunidades están llamadas a transformarse en recintos donde reine este clima. Si esto se da, entonces todos cuantos se acerquen a ellas podrán respirar esta atmósfera y sentirse invadidos del mismo Espíritu. Pero será necesario que quienes integramos esas comunidades nos volvamos a encender en el fuego del Espíritu Santo. La oración debería trasladarnos también existencialmente al seno de la Trinidad donde por el bautismo fuimos sumergidos.

5 ALTAR MAYOR: ÁNGELES Y SÍMBOLOS EUCARÍSTICOS

La veneración de los ángeles es parte integrante de la espiritualidad de san Arnolfo, y por ende, no podían faltar en este altar. Son siervos y mensajeros de la Trinidad, y en la historia humana están al servicio del misterio de la Redención.

Sobre las puertas del sagrario hay dos figuras angélicas. Con su actitud reverente indican el misterio que allí se encierra: la presencia constante del Resucitado en la Eucaristía. Uno de los ángeles eleva las manos unidas en actitud de oración, el otro las tiene cruzadas sobre el pecho en señal de adoración y prontitud.



Representaciones de Ángeles sobre las puertas del sagrario

San Arnolfo profesaba gran devoción a la Santísima Trinidad en su triple trono: celestial, eucarístico y místico en el corazón humano. Desde el comienzo de la fundación, tuvo el deseo de que siempre hubiera fieles que, de rodillas en adoración ante el Santísimo expuesto, imploraran la bendición de Dios para la Iglesia y la misión. También es conocido el gran aprecio e importancia que las cofundadoras daban a la presencia del Señor en la Eucaristía. Fueron incansables en dedicarle momentos de amorosa adoración y entrega. La presencia de Jesús en la Eucaristía fue para ellas una realidad tan viva que el solo hecho de estar en su cercanía las llenaba de gozo.

Encima del sagrario a ambos lados de la cruz hay dos ángeles de

pie en actitud orante, llevando un incensario en sus manos, símbolo de plegaria y adoración. Señalan el texto de la Escritura que dice: “Por mano del ángel subió delante de Dios el humo de los perfumes que representa a las oraciones de los santos” (Ap 8,4).

A media altura del altar, hay cuatro ángeles sosteniendo los instrumentos de la pasión de Jesús. Yendo de izquierda a derecha vemos la columna de la flagelación, la corona de espinas, el sudario de la Verónica y la cruz. Estos signos de la pasión y su actualidad a lo largo de la historia serán también los signos de triunfo de Jesús a su vuelta al fin de los tiempos. Indican el “ahora” y “todavía no” de la historia salvífica que se renueva en el altar y en el que todos estamos incluidos diariamente. Por la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús los bautizados somos redimidos y liberados para una vida nueva, pero debe cumplirse también en nosotros un misterio similar hasta que lleguemos a la edad perfecta de Cristo. Para recibir la vida en plenitud también tenemos que “perder la vida” en una renovada entrega y servicio apostólico.

En la extremidad superior del altar está la estatua del arcángel san



*El arcángel Miguel –
Representación en la cúspide del altar*

Miguel. Según la Sagrada Escritura, él es el primero de los príncipes angélicos, el luchador de Dios que con sus ángeles enfrentó al dragón y lo venció (Cf Dn 10,13; Ap 12,7-12). El amor y la veneración que Arnoldo Janssen profesó a san Miguel hicieron que colocara bajo su protección la primera Casa Misional. Lo consideró y veneró ante todo como el servidor de Dios en la propagación de la fe y auxiliador en la lucha contra los poderes de las tinieblas. Arnoldo estaba convencido que en esta lucha las fuerzas humanas son frágiles e ineficaces, por eso imploró la protección y la asistencia del poder celestial.

En la base del altar hay figuras, imágenes y símbolos bíblicos del nuevo y eterno sacrificio que Jesús ofreció en la cruz al inmolar su propio cuerpo, sacrificio que renueva diariamente en la Eucaristía.

En el lado izquierdo, está re-presentado el encuentro de Abrahán con el sumo sacerdote Melquisedec (Cf Gn 14,18-20); éste ofrece al Altísimo pan y vino, símbolo de la Eucaristía. Abrahán está de rodillas ante el altar en el cual está la ofrenda del pan. Melquisedec, de pie, sostiene el cáliz y bendice a Abrahán; éste le da el diezmo de todos sus bienes.

A la derecha puede verse la escena del sacrificio de Abrahán dispuesto a entregar a Dios a su querido hijo (Gn 22). La imagen representa a Isaac tendido sobre el altar del sacrificio y a Abrahán su-

tando con la mano izquierda la cabeza del joven y la derecha extendida para ejecutar la acción. Delante de él aparece un ángel del Señor que detiene la mano de Abrahán y le impide la ejecución.

Junto al altar hay un carnero enredado en el matorral, y éste es sacrificado en lugar del hijo. Si bien Dios no exigió



Encuentro de Abrahán con el sumo sacerdote Melquisedec -

Imagen sobre el pedestal

*El sacrificio de Abrahán,
pronto a entregar a su único hijo*

Representación en el lado
derecho del zócalo

de Abrahán más que disponibilidad y entrega, en Jesús Él nos entregó a su único Hijo para la salvación de todos.

En la parte central del zócalo hay una representación del Cordero Pascual inmolado, pero en actitud triunfante portando el estandarte, símbolo de la victoria del Se-

ñor resucitado que venció a la muerte y que intercede siempre ante el Padre. La bandera o estandarte es al mismo tiempo la cruz sobre la que se realizó la victoria. De la roca brotan siete fuentes. La roca es también símbolo del monte Sión, y sobre ella está de pie el Cordero. Las fuentes significan los siete sacramentos nacidos de la cruz y resurrección. En las circunstancias significativas de la existencia, los sacramentos son medios de unión y participación en la vida de Cristo.



*El Cordero Pascual sobre la roca
de la que fluyen siete fuentes*

Representación central del zócalo



6 ELEMENTOS SIMBÓLICOS EN EL PRESBITERIO



El altar del sacrificio dentro del presbiterio

Además del altar central, se encuentra en el presbiterio la mesa o altar del sacrificio y el ambón. Este altar fue introducido en 1967, cuando con la reforma litúrgica del Concilio Vaticano Segundo la Eucaristía comenzó a celebrarse de cara al pueblo. Sobre él se celebra diariamente la Eucaristía que es eje y cumbre de toda vida cristiana. Se halla en el centro del presbiterio debajo del símbolo de la Trinidad. Mediante esta ubicación se señala también que el sacrificio de la Nueva Alianza se ofrece para dar gloria y honor a Dios uno y trino.

Junto al ambón está el cirio pascual, signo de la presencia del Señor resucitado, luz del mundo. Al ser anunciada la Palabra de Dios, es

siempre la palabra de aquel que con su presencia llena el universo y lo sostiene en su mano. En el gran candelero que sirve de soporte al cirio pascual están grabados los símbolos de nuestra redención: la crucifixión, resurrección y venida del Espíritu Santo.

Hasta 1966, había delante del presbiterio dos altares laterales. Estos fueron retirados luego que el Concilio Vaticano II autorizó la concelebración y ya no se oficiaron varias misas simultáneamente en el mismo lugar. Las estatuas de los altares laterales, diseñados la Hna. Alacoque Berenz, una del Sagrado Corazón de Jesús y la otra de la Inmaculada Esposa del Espíritu Santo, fueron ubicadas en otro parte de la casa.

Actualmente, en su lugar penden dos estatuas góticas, una de Cristo y otra de María. Fueron talladas en 1980 por Eugenio Moroder³¹ según el modelo Riemenschneider. La imagen de Cristo se basa



El ambón con el cirio pascual

31 Uno de los artistas de la familia Moroder de St. Ulrico, Gröden, Italia.



Estatua de Jesús – lado izquierdo del presbiterio

en la estatua de Cristo Salvador de la catedral de Würzburg. Sostiene el globo terráqueo con la mano izquierda y con la derecha señala al Padre, hacia el que regresa y que es meta final de toda vida humana. Es el Cristo resucitado, su rostro transfigurado irradia amor y bondad. Su mirada se dirige con amor hacia los discípulos y al mismo tiempo, parece penetrar los siglos y el espacio. La posición de la mano puede interpretarse como bendición al enviar a los discípulos, diciendo: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos a todas las gentes

bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 18-20). Está hasta el fin del mundo no sólo con los discípulos, nosotros y su Iglesia, sino que sostiene el mundo en su mano amorosa y omnipotente.

A la derecha pende la imagen de María, tallada según el modelo de la Madonna de Cregling. Expresa una actitud de escucha al Espí-

ritu. Todo su porte, en especial su rostro, irradia profunda atención y escucha. Al mirarla, uno recuerda las palabras de Isabel: “¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (Lc 1,45).

San Arnoldo veneraba a María ante todo en su actitud de atenta escucha al Espíritu, al que se había entregado totalmente. Como modelo de fe y escucha, María es ejemplo para todos en el camino espiritual. En cada cristiano deben cumplirse las palabras con las que María dio su asentimiento para que el Hijo de Dios pudiera hacerse hombre en su seno: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según

tu palabra” (Lc 1,38). También en todos nosotros el Verbo de Dios quiere tomar carne, para formarnos según su imagen haciéndonos siempre más semejantes a él.

En la parte delantera de la nave lateral izquierda, se halla una estatua de san José con el niño Jesús en brazos. José está mirando al niño con expresión de confianza y cariño. Arnoldo Janssen no sólo veneraba a San José como patrono de la vida espiritual, sino ante todo, como patrocinador de sus múltiples con-



Estatua de María
al lado derecho delante del
presbiterio

strucciones y emprendimientos. El aumento de miembros de las comunidades y la expansión de la obra misional hacía ineludible la construcción de nuevas casas. Muchas veces, faltaban los medios necesarios para llevar a cabo estas obras. Pero Arnoldo confiaba de manera incommovible en la divina Providencia y en la intercesión de San José. También él, a semejanza de José, miraba con amor y confianza a Jesús y de él, esperaba obtenerlo todo. Y su confianza jamás quedó confundida.



Estatua de san José en la parte anterior izquierda de la nave.

7 LOS VENTANALES LATERALES DEL PRESBITERIO

Los motivos para los ventanales del presbiterio de la iglesia fueron diseñados por los hermanos Theophilus Rothenberg y Conrad Rosen y efectuados en los talleres de cristalería que estaba a cargo de los hermanos Seraphim Patzak y Cyriakus Lobeck.

En 1945, casi al final de la Segunda Guerra Mundial, estos ventanales fueron destruidos en gran parte, ante todo, los del presbiterio y de ambas capillas laterales. El 22 de enero de 1945, la iglesia de la Casa Madre sufrió un nuevo ataque. El altar mayor se conservó intacto porque fue puesto a salvo de antemano. En febrero de 1947, el hermano Walter Drahten SVD, que por encargo del fundador había colaborado en la fabricación de estos ventanales, se ofreció para reconstruirlos según los diseños originales, utilizando material de buena calidad aún disponible. Así en 1948-1949 fue posible instalar los ventanales ya restaurados, los que desde entonces siguen irradiando toda su antigua belleza.

Al comienzo del presente comentario, ya se describió el gran ventanal que está al centro del presbiterio y en el que está representado el misterio trinitario al irrumpir en la historia humana con el nacimiento de Jesús.

A la izquierda del mismo, está la escena mariana de la presentación en el templo narrada por los evangelios apócrifos. Según estos relatos, los padres de María, Joaquín y Ana, llevaron muy pronto a la niña al templo para ofrecerla a Dios. La imagen del ventanal presenta en un primer plano a María como una joven y a ambos lados Joaquín y Ana. En el fondo aparece una miniatura del templo de Jerusalén, lo que al parecer quiere indicar que siendo María el nuevo templo de Dios, el arca de la nueva alianza, el templo de piedra de Jerusalén queda relegado y pierde importancia.

A partir de la reforma litúrgica, en lugar de la “Presentación de María en el templo” se conmemora a “Nuestra Señora de Jerusalén”. Aun cuando litúrgicamente fue siempre sólo una “pequeña fiesta

32 Son narraciones sobre la vida de Jesús que presentan muchos rasgos legendarios no reconocidos por la Iglesia como Evangelios auténticos.



Presentación de María en el templo
Ventana izquierda del presbiterio

mariana”, san Arnolfo la prefirió entre todas las festividades de la Virgen María, pues el 21 de noviembre iniciaba para él la preparación al 8 de diciembre, festividad de la “Inmaculada Concepción de María”. Con entusiasmo y calidez inusual se refería a la entrega de María a Dios en la más tierna edad y la proponía como ejemplo a los agentes apostólicos, varones y mujeres. En sus viajes a Roma, al visitar la basílica de san Pedro se dirigía primeramente al mosaico de la Presentación para saludar a la Madre de Dios.³³ El significado de la presentación está especialmente en la disponibilidad total e ilimitada con que María se entregó al Señor. Es que en ella, des-



Los tres magos del oriente - ventana derecha del presbiterio

crifos y son: Gaspar, Melchor y Baltasar. Se los representa con los dones de oro, incienso y mirra que ofrecen para honrar al Niño (Cf Mt 2,11). Desde siempre, estos dones fueron entendidos como símbolos ofrecidos al Niño Dios, o sea, el oro como a rey, el incienso como a

pués de Jesús, Dios pudo hacer realidad el sueño que tenía acerca del hombre. Fue peregrina en la fe igual que todos nosotros, como lo dice el Concilio Vaticano II. Desde el primer instante de su vida estuvo vuelta hacia Dios, y en cada circunstancia respondió con un Sí a las inspiraciones de la gracia. De este modo, Dios pudo establecer en ella su morada, haciéndola templo de su presencia en este mundo.

A la derecha del presbiterio, están representados los tres magos del oriente en busca del “recién nacido rey de los judíos” (Mt 2,2). Los nombres de estos sabios se conocen solamente a través de escritos apó-

Hijo de Dios y la mirra como anuncio de la pasión. Al pie del ventanal está escrito en letras doradas: DEO OBTULERUNT, DOMINO AURUM, THUS + MYRRHAM. Ofrecieron al Señor Dios oro, incienso y mirra.

Conforme al espíritu de la cada época, se atribuyó a los dones un significado distinto. Karl Rahner dice en forma poética: el oro del amor, el incienso del deseo y la mirra del dolor. Ellos responden al ansia del hombre que se pone en camino en busca de Dios, peregrinando afectivamente hacia él. Pero aun caminando es guiado, y la estrella lo orienta. También se pretende verlos como símbolos de los votos religiosos. El oro acrisolado sería un corazón desprendido de los bienes terrenos; la mirra sería la renuncia a los goces mundanales para participar en la vida y en los sufrimientos de Cristo; y el incienso, la voluntad entregada que se pierde en el querer divino.³⁴

Como gente en búsqueda, estos sabios son ejemplo para todos los que buscan a Dios. La Iglesia conmemora el 6 de enero la “Manifestación del Señor” a todos los pueblos. Según lo expresa el texto litúrgico de este día, con el nacimiento de Jesús se manifestó la gracia salvadora de Dios a todos los hombres (Tt 2,11). Jesús se manifestó como redentor y salvador de todos los pueblos y naciones.

Para san Arnoldo, este día era ante todo una fiesta misional, y lo sigue siendo para las congregaciones que él fundó como respuesta al clamor de los pueblos.

34 Stein, Edith: *Das Weihnachtsgeheimnis*. – Friburg, 1988, p. 75

8 LOS VENTANALES DE LA NAVE CENTRAL

Las ventanas de la nave central están profusamente ornamentadas y cada una tiene un motivo decorativo propio que sólo se repite en el lado opuesto. En el centro de cada ventana, hay imágenes de santos cuya vida de fe era digno ejemplo para las moradoras de la Casa Madre, según opinaba Arnoldo Janssen. Para él, los santos fueron personas que supieron seguir a Jesús totalmente entregadas a la acción y guía del Espíritu Santo, expresando un aspecto particular de su acción divina. Las imágenes fueron diseñadas por los hermanos Theophilus y Conrad Rosen SVD.

8.1 *Las ventanas del lado izquierdo*

Comenzando adelante, en la primera ventana están representados los Corazones de Jesús y María.

Siendo que el fundador profesaba un gran amor al Corazón de Jesús, era lógico que en la iglesia de las hermanas estuviera su ima-

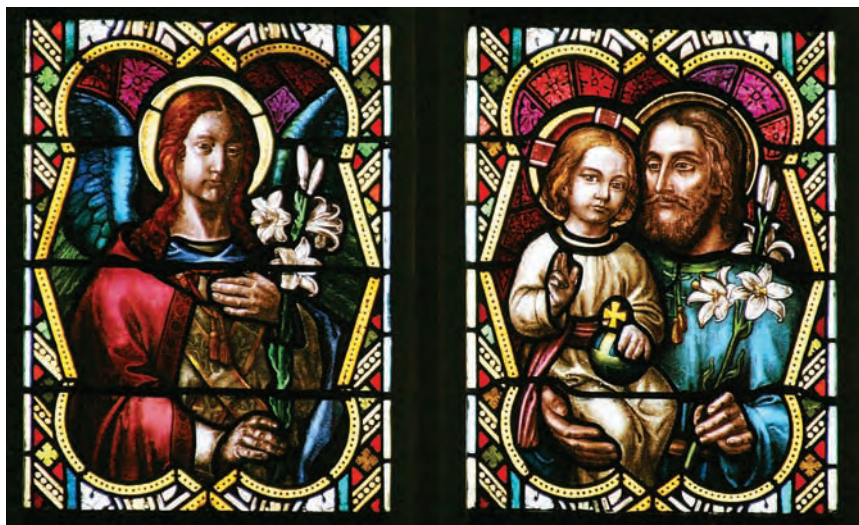


Representación de los Corazones de Jesús y María – Primera ventana del lado izquierdo

gen, y también porque la Casa Madre lleva el nombre de Convento del Sagrado Corazón de Jesús.

El diseño presenta a Jesús señalando con la mano izquierda su corazón en llamas, y la derecha extendida en gesto de ofrecimiento.

San Arnoldo apreciaba mucho la advocación “Corazón de Jesús lleno del Espíritu Santo”. En las constituciones de 1891, Arnoldo recomienda a las hermanas que amen y veneren a Jesús especialmente bajo la advocación de su sacratísimo Corazón. Las constituciones de 1939 lo mencionan como titular junto con el Espíritu Santo con las palabras “modelo vivo del verdadero celo apostólico” (p. 9). También el Corazón de María gozaba de gran veneración en los años de la fundación y en la vida espiritual de san Arnoldo. En la presente imagen, María sostiene un lirio en la izquierda y su derecha descansa sobre su Corazón rodeado de espinas. María se dejó moldear sin reservas por el amor de Dios y se entregó a ese amor en cada instante de su vida. En la pasión y muerte de su Hijo, ese corazón quedó traspasado por una espada de dolor, tal como lo había predicho el anciano Simeón en la presentación en el templo (Cf Lc 2,35).



El arcángel Gabriel y san José - 2ª ventana del lado izquierdo

En el segundo ventanal están las imágenes de san José y del arcángel Gabriel. San José con una mano sostiene un lirio y lleva al Niño en sus brazos. El Niño Jesús lleva en su mano izquierda el globo terráqueo coronado con una cruz. San José sostiene al que lleva el mundo en sus manos. El fundador profesó una gran devoción a san José confiándole el cuidado de su casa, es decir, el bienestar de su creciente familia religiosa que se iba extendiendo por todo el mundo. El arcángel Gabriel también tiene un lirio, pero en la mano derecha, mientras que su izquierda se apoya reverente sobre el pecho. Es el mensajero que trae a María la noticia de la encarnación del Hijo de Dios y lleva su consentimiento a Dios. Al anunciar a Zacarías el nacimiento de Juan Bautista, el arcángel se presenta como Gabriel que está ante el trono de Dios y que fue enviado a traerle esta grata noticia. San Arnoldo Janssen nombró como patrono de la congregación de las hermanas al arcángel Gabriel, y a san Miguel como patrono de la Sociedad del Verbo Divino.



El apóstol Andrés y el papa Gregorio Magno – 3er. Ventana de la izquierda

San Gregorio tiene en sus manos un rollo escrito y una pluma, a su izquierda en forma de paloma está el símbolo del Espíritu Santo inspirador de sus escritos y enseñanzas. En la historia de la Iglesia, este santo no sólo figura entre los mayores Padres de la Iglesia de occidente, sino también como patrono de las misiones. Fue él quien envió un grupo de monjes benedictinos a los anglosajones (actual Inglaterra) y los acompañó epistolarmente en situaciones problemáticas. Más adelante, llegaron desde aquellas tierras misioneros a Europa continental, por ejemplo, san Bonifacio y sus compañeros que evangelizaron a los germanos, entre ellos san Wilibrordo, que se dedicó a la zona de los Países Bajos.

El apóstol Andrés tiene por símbolo la cruz. Es hermano de san Pedro. El Evangelio de Juan lo menciona como el primero de los discípulos llamados por Jesús (Cf Jn 1, 35-42). Siguió al Señor anunciando el Evangelio hasta dar por él su vida en la cruz. San Arnolfo exhortaba a los suyos a implorar de san Andrés valor y prontitud ante el sufrimiento.



Santos Vicente de Paúl y Francisco Javier – 4ª ventana a la izquierda

En la imagen de la cuarta ventana del lado izquierdo, están los santos Vicente de Paúl y Francisco Javier. Este último viste ornamentos sacerdotales y estola. Una alusión a los numerosos bautismos administrados por él. Fue enviado al Asia por san Ignacio de Loyola, allí predicó con gran fervor en India y Japón. Intentó entrar también en China, pero murió en una isla cercana antes de llegar a ese país. San Francisco Javier es uno de los misioneros más grandes y se lo considera pionero de la misión contemporánea.

San Vicente de Paúl está representado con un niño en brazos. Se lo conoce como un sacerdote dedicado a la problemática social. Para ayudar a los pobres y desposeídos fundó una congregación masculina y otra femenina. Se lo pondera como un sacerdote sencillo y de buen corazón que sabía tratar a los pobres con respeto y amor. Además, se preocupó para que los sacerdotes recibieran una buena formación. Arnoldo Janssen lo sintió muy cercano y adoptó varios rasgos de la espiritualidad de los Lazaristas fundados por este santo.

8.2 Las ventanas del lado derecho

Arnoldo Janssen decoró los ventanales del lado derecho con imágenes de mujeres santas, cuyas vidas veía relacionadas de modo particular con los dones del Espíritu Santo.

Ya al redactar en 1891 la primera constitución para las hermanas, nombró como patronas siete mujeres que relacionó con los dones del Espíritu Santo. Los siete dones significan la plenitud del Espíritu divino. El objetivo no era tanto la persona de estas santas, sino la mayor glorificación del Espíritu Santo y la estima por su acción en el hombre.

El profeta Isaías enumera estos dones en el capítulo 11, 1-2

*“Saldrá un vástago del tronco de Jessé,
y un retoño de sus raíces brotará.
Reposará sobre él el Espíritu de Yahvé:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y fortaleza,
espíritu de ciencia y temor de Yahvé.”*

A continuación el texto habla de la plenitud mesiánica. Cuando desciende el Espíritu de Dios y encuentra acogida en el hombre o en la comunidad, comienza el Reino de Dios. En su discurso inicial en la sinagoga de Nazaret, Jesús cita parte de un texto similar: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva. Me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos” (Cf Lc 4,18; cf Is 61,1).



Santas Catalina de Alejandría y Escolástica – 1er. Ventana del lado derecho

En la primera ventana de lado derecho, están representadas las santas Catalina de Alejandría y Escolástica. La primera presenta una rueda destrozada y una palma, símbolos de su martirio. Su mirada está fija en la palma que sostiene en la derecha y que es signo de su triunfo sobre la muerte. Según la tradición, demostró gran sabiduría frente a un grupo de filósofos empeñados en desviarla de su fe. Por eso Arnoldo le asignó el don de sabiduría.

Santa Escolástica fue hermana de san Benito de Nurcia, padre del monacato de occidente. En su mano izquierda lleva el libro de las constituciones y su derecha descansa sobre el pecho para indicar que las constituciones estuvieron integradas en su vida. La paloma en vuelo recuerda que, según la tradición, en el momento de su muerte Benito vio subir una paloma hacia el cielo, señal que había consumado su vida terrena. Se le atribuye el don del entendimiento.



Santas Hildegardis de Bingen y María Magdalena – 2ª ventana de la derecha

En la segunda ventana están las imágenes de Hildegardis de Bingen y María Magdalena. La primera está simbolizada como una mujer importante con báculo de abadesa, pectoral y anillo, insignias de su dignidad y rango. Su mirada se dirige escrutadora a lo lejos y en la mano tiene su libro “Sci vias” – “Conoce los caminos”. El libro abierto indica que ella fue ante Dios como un libro abierto y que escribió lo que Dios le iba comunicando. De este modo llegó a ser la gran consejera de sus contemporáneos y vivió guiada por el don de consejo.

María de Mágdala aparece en la Sagrada Escritura como la apóstola de los Apóstoles, siendo la primera en anunciar a los discípulos: “He visto al Señor” (Jn 20,18). Según Lucas, integró el grupo de las que Jesús había liberado de enfermedades y malos espíritus y que, junto a los doce, lo seguían por Galilea y lo servían con sus bienes (Cf Lc 8,1-3). Sostiene una cruz y el vaso de ungüento, símbolos de su gran amor. Tiene la mirada baja y viste sobriamente. Según Jn 19,25, estuvo junto a la cruz con la Madre de Jesús y el discípulo predilecto. En ella predominó la fortaleza.



Santas Teresa de Ávila y Gertrudis de Eisleben – 3ª ventana a la derecha

En la tercera ventana están las imágenes de Teresa de Ávila y Gertrudis de Eisleben. Teresa lleva como símbolos un corazón en llamas, el monograma de Jesús sobre el pecho y el dardo con que el amor divino atravesó su corazón. Todos son símbolos de su gran amor al Señor. A través de sus escritos trató de enseñar el camino de la amistad con Dios guiada por el Espíritu de la divina ciencia. Últimamente, fue elevada a la categoría de doctora de la Iglesia.

Gertrudis de Eisleben fue monja cisterciense en Efta. Se distinguió por su piedad extraordinaria. Como signo de su gran amor a Jesús y sus dones místicos tiene un corazón en su mano. Forma parte de las grandes místicas alemanas de la Edad Media. Arnoldo Janssen le profesaba gran veneración y apreciaba mucho sus escritos. Solía recomendar su libro “Gesandter der Göttlichen Liebe” (Mensajero del Amor Divino). En Gertrudis se destacó el don de piedad.



Santas Cecilia y Walburga de Eichstätt – 4ª ventana a la derecha

En el último ventanal figuran Cecilia, virgen y mártir, y Walburga de Eichstätt. Cecilia está representada como virgen con la cabellera adornada y vestido de color verde. Está tocando el arpa y atendiendo a su melodía. La pretendía un joven romano no bautizado, pero la melodía del amor divino fue más fuerte que todos los halagos y amenazas externas, y esa fuerza interior la capacitó para el martirio. Es patrona de la música sacra. Estuvo animada del espíritu de temor de Dios.

Walburga de Eichstätt es venerada en Alemania como santa y misionera. La imagen la presenta con el báculo de abadesa. En la mano izquierda sostiene un libro y un frasco de aceite con propiedades curativas. Walburga era pariente de san Bonifacio, quien desde Inglaterra la hizo venir con otras mujeres a Alemania para apoyar e intensificar el trabajo misionero. Como religiosa y misionera, es modelo para todas las misioneras que dejan su patria, lengua y cultura con el fin de anunciar el Evangelio con su palabra y testimonio de vida.



Órgano y coro en la iglesia de la Casa Madre

9 CAPILLA CONMEMORATIVA DE LA BEATA MARÍA, HELENA STOLLENWERK Y DE LA BEATA HENDRINA STENMANN'S

La capilla del lado derecho, que responde al ala derecha de la paloma simbólica del edificio, en la intención de Arnolfo Janssen estaba destinada a los huéspedes y durante largos años cumplió esta finalidad.

Con motivo de las dos beatificaciones de las cofundadoras de las Siervas del Espíritu Santo: Madre Maria, Helena Stollenwerk, en el año 1995, y Madre Josefa, Hendrina Stenmanns, en el año 2008, sus restos fueron trasladados a esta capilla y desde entonces tienen aquí el lugar de su último descanso. Sin perder su finalidad original como lugar de quietud y oración para los huéspedes, se convierte en capilla conmemorativa de la Beata Helena Stollenwerk y de la Beata Hendrina Stenmanns. A este lugar concurren con frecuencia huéspedes y religiosas de la congregación para dedicar un momento de silenciosa oración, para dejarse compenetrar del espíritu de nuestras Beatas y acumular fuerzas para cumplir su tarea en el mundo de hoy.

La visita a las sepulturas es para muchas personas una necesidad. Quieren expresar con ello, que sus difuntos no han sido olvidados y que quieren seguir siendo ligados a ellos.

Si los restos de personas beatificadas y canonizadas se trasladan a iglesias y capillas, se quiere decir con ello que queremos que estas personas nos estén cerca, que necesitamos de su intercesión y que queremos seguir su ejemplo.

El sarcófago de ambas Beatas se encuentra en la parte delantera de la capilla lateral, delante del altar mayor de la iglesia. Ha sido diseñado del orfebre Philippe M. Kersten, de la empresa Zenit de Maastricht. La cobertura del sarcófago se compone de seis triángulos. Se han incrustado en ella piedras semipreciosas procedentes de diversos continentes y países en los que trabajan las Hermanas misioneras de Steyl. Estas piedras, viniendo de todos los ángulos del mundo, quieren indicar que las cofundadoras son las madres espirituales de todas las Siervas del Espíritu Santo y que su corazón

abrazo a todos los miembros de la gran comunidad internacional.

La forma hexagonal del sarcófago responde al hexágono del presbiterio. Se asemeja a una fuente o pila bautismal, volviéndose un símbolo de la vida de nuestras dos Beatas. En los triángulos derecho e izquierdo se hallan grabados el nombre, el año de su nacimiento y



Sarcófago de la beata Madre María, Helena Stollenwerk y de la Madre Josefa, Hendrina Stenmanns

de su muerte. Helena y Hendrina son para nosotras como una fuente vivificadora. Al igual que cada cristiano, en el bautismo fueron sumergidas en el Espíritu Santo y signadas con el sello de la cruz. Cristo resucitado, de cuyo costado brotan torrentes de agua viva, símbolo del Espíritu Santo (Cf Jn 7,17-39), fue para ellas la fuente de

la que sacaban fuerza para moldear su vida de acuerdo con su ejemplo y de ser siempre más semejantes a él. Así llegaron a ser para los demás una fuente cuyas aguas pueden seguir refrescando y vivificando a muchos aún hoy día.

En la cúspide del sarcófago hay un cristal de roca del Tirol, y a su alrededor una corona de piedras semipreciosas del Brasil. Desde siempre, el cristal de roca es considerado símbolo de pureza, claridad espiritual y fuerza irradiadora. Se lo aprecia por su transparencia y brillo intenso. Es figura de la encarnación del Hijo de Dios y del sacramento del bautismo. En nuestras beatas cofundadoras la gracia del bautismo pudo actuar y desarrollarse plenamente. Ellas se dejaron penetrar y transformar por el Espíritu y llegaron a ser totalmente diáfanos para Dios.

Santa Hildegardis de Bingen relaciona el cristal de roca con el sol, del que recibe una fuerza sanadora especial. La santa recomienda que con frecuencia se lo exponga y caliente al sol, para que la fuerza sanadora que contiene se haga más activa. En la oración y contemplación, nuestras Beatas, como el cristal de roca, se expusieron a desnudo al sol del amor divino, para llenarse de ardor y fuerza del Espíritu Santo. Vivieron donándose para hacer circular el amor de Dios en el trato con sus semejantes.

El cristal de roca de la cúspide del sarcófago recuerda también a Cristo, piedra angular de la Iglesia, que da cohesión a todo el edificio eclesial (Cf Ef 2,20). También en este aspecto podría ser un signo para nuestras dos Beatas, porque así como la Iglesia está basada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, se podría afirmar que análogamente la congregación Misionera de las Siervas del Espíritu Santo se eleva sobre la base de sus cofundadoras. Los miembros de la Congregación están llamados a ser piedras vivas de un edificio espiritual, templo y propiedad de Dios, para anunciar en el servicio misionero las grandes obras de Aquel que los sacó de las tinieblas a su luz admirable (Cf 1P 2,1-10).

El sarcófago se halla en la parte frontal del presbiterio. Al mirar desde la capilla recordatoria, la vista abarca el sarcófago, y más allá de éste, el altar donde a diario se celebra la Eucaristía, y el altar may-



Sacrophago de las dos Beatas

or con su profundo simbolismo. A propósito se dio poca altura al sarcófago para no ocultar lo esencial, es decir, el altar en el que se realiza cada día el misterio de nuestra fe. En la vidriera del lado opuesto se ve la escena de la “Presentación de María” en el templo. Así como María fue el “templo de la Nueva Alianza”, las beatas María Helena y Hendrina trataron de ser instrumentos en manos de Dios, totalmente abiertos y disponibles a su acción. Como un cristal de roca se dejaron penetrar por la luz del Sol divino presente en ellas, brindando calor a cuantos llegaron a tratar con ellas.

Esta ubicación destaca un rasgo esencial en la vida de las beatas María Helena y Hendrina. Pues así como el sarcófago se halla a los pies del altar y del tabernáculo y simultáneamente apunta más allá de sí mismo, así la vida de nuestras beatas fue una referencia que señalaba el misterio del altar. No atraieron las miradas hacia sus personas, sino que las llevó hacia Dios, sentido y meta de su vida. Se consumieron en adoración y entrega, haciéndose pan partido para la vida de su Congregación.

Lo dicho hasta aquí lo refuerzan también los retratos de las be-

atas que se encuentran sobre las paredes izquierda y derecha. Los rodean sendos marcos de maderas nobles, procedentes de distintas partes del mundo donde trabajan como misioneras las hijas espirituales de las Beata. La colocación artística de estas maderas fue realizada por M. Verstappen de Beesel. Es significativo el lugar que ocupan los retratos, porque están a ambos costados y no desvían la mirada de lo esencial, sino que dejan el paso libre hacia el altar. Helena y Hendrina no se interponen entre Dios y sus hijas espirituales, sino que las llevan hacia él.

La mirada de Helena es bondadosa y cordial. Parece que quisiera animar a proseguir el camino de la entrega en el apostolado misionero y comunitario. Sus ojos y su rostro irradian una alegría profunda y contenida, revelando algo del misterio que vivía en ella, es decir, el gozo en Dios, experimentado ante todo en la oración y en la esperanza de ver realizada su vocación misionera. La experiencia de una intensa alegría interior, don gratuito del Espíritu Santo, atraviesa co-



Retrato de la beata Madre Maria al lado izquierdo de la capilla conmemorativa

mo un hilo rojo la vida de nuestra beata y nos invita a permanecer en serena adoración, encontrando nuestra alegría en Dios y en su obra.

Hendrina nos mira con ojos sabios y comprensivos que irradian gran bondad. Esos ojos hablan del profundo conocimiento del corazón humano y de su capacidad de entrega a Dios y a las personas que ha vivido hasta su último suspiro. Quien la mira, percibe que

Hendrina lo conoce y comprende. Quien permanece más tiempo delante, puede darse cuenta de lo que ella misma expresó en cierta ocasión: “Ni yo misma lo sé, pero me parece que estoy siempre en oración.” Estaba siempre unida a su Dios amoroso. Ha vivido su deseo, de ser la última de todos y de entregar su vida por la propagación de la fe, realizándolo hasta el último instante. También a nosotros nos quiere llenar con el mismo deseo de entregalo todo a Dios y su Reino.

Los cirios encendidos delante del cuadro y las flores siempre frescas junto al sarcófago dan testimonio del amor y de la confianza que muchos profesan a ambas. Muchos recurren a ellas para pedir su ayuda.

Helena no vio cumplido su anhelo de ir como misionera a la China y jamás llegó a ver el país de sus ensueños misioneros. Se dejó



Retrato de la beata Madre Josefaa al lado derecho de la capilla conmemorativa

moldear y conducir por Dios en un largo y doloroso proceso de cambio a tal punto que todo su ser se volvió misión. Lo mismo lo podemos decir de la Beata Madre Josefa: Era misionera en el lugar en que el Señor de la viña la había puesto y consumó su vida en su servicio.

También nosotros estamos invitados a caminar con Dios, descubrir nuestras propias fuentes y hacerlas fecundas a favor de los demás en la vocación misionera que nos fue donada.

10 LA CAPILLA DE LA CRUZ

Siendo que en los planes de Arnoldo Janssen el convento del Sagrado Corazón de Jesús estaba pensado como edificio destinado conjuntamente a las dos congregaciones femeninas, Adoratrices y Misioneras, en consecuencia las adoratrices recibieron también su propia capilla, ubicada en el ala izquierda de la simbólica paloma. Por espacio de diez años realizaron allí sus celebraciones y alabanzas. En agosto de 1914, tuvo lugar el traslado al nuevo convento Espíritu Santo ubicado en Kloosterstraat 19. Desde entonces, el creciente número de hermanas misioneras ocupó todo el edificio.

Al desocuparse la capilla, se la destinó a las hermanas del noviciado. Cuando decreció el número de novicias en los años 70, éstas asistían a las celebraciones de la iglesia mayor.

En 1975 la capilla fue sometida a una profunda renovación para subsanar la mala acústica y las ventanas permeables. El contratista de obra L. Scheeper de Roermond se hizo cargo de la tarea de remodelación. El equipo arquitectónico Fons Bonnemayer, Franz Snelder und Cees van Sprang de Maastricht se encargó de diseñar la capilla de acuerdo al arte moderno.³⁶ Fue colocado oblicuamente un cielo raso de madera color marrón claro. Una pared simple y clara contribuye a crear una atmósfera de serenidad y armonía. Las ventanas del lado derecho quedaron medio ocultas detrás de paredes oblicuas, de modo que la luz entra amortiguada al recinto. Se dejó de lado el gótico moderno y se utilizó material blando, es decir, cielorraso de madera, piso alfombrado y paredes recubiertas de madera.

Los objetos de arte, tales como sagrario, ambón, candeleros, pie del cirio pascual, lamparita del sagrario, revestimiento y puño de la puerta, como también el encuadre del vía crucis fueron realizados por la firma “Edelsmedengroep 5464” de Maastricht. Esta misma firma tuvo a su cargo la construcción del nuevo altar redondo, hecho de madera.³⁷ El sagrario es una donación que el equipo de artesanos hizo a la Casa Madre.

³⁶ Véanse los archivos de la Casa Madre

³⁷ Véanse los archivos de la Casa Madre

Al pasar desde el corredor a la capilla, se llega primero a través de una puerta de vidrio a una antesala. A semejanza de los atrios de los grandes templos de la antigüedad, también esta antesala ayuda a entrar en una atmósfera de recogimiento y preparación antes de ingresar al templo propiamente dicho. Este lugar sirve también para guardar los libros de oración y canto utilizados en las celebraciones.

Saliendo de allí, se llega al interior de la capilla por una gran puerta de bronce. Ambos lados de la puerta están decorados con una gran empuñadura circular. La puerta hace de silenciador y detiene los ruidos externos. Al ingresar a la capilla, se percibe un ambiente de quietud, serenidad y oración. El piso alfombrado absorbe el rumor de los pasos. Las sillas oscuras, con sus asientos y respaldos tapizados de color claro, contribuyen a la calma y tranquilidad. Los focos revestidos de marrón oscuro, que cuelgan del cielorraso claro, dan suficiente luz al recinto.



El crucifijo sobre la pared frontal de la capilla de la cruz

La mirada se concentra en la pared frontal que fue instalada en tiempos de la reforma litúrgica. Esta pared quiere orientar la atención del orante hacia el misterio central del cristianismo: la muerte y resurrección de Jesús. Desde una gran cruz empotrada en esa pared, salen rayos en todas direcciones, dando una impresión dinámica y algo inquietante. Pero este efecto se ve compensado por las formas circulares, triangulares y cuadradas que por sí irradian tranquilidad y calma.

Este frontal del presbiterio, diseñado según el arte moderno, originalmente tenía sólo la cruz oscura empotrada en la pared. Pero las hermanas echaron de

menos la presencia de lo esencial, es decir, del corpus o efigie de Cristo. Buscando una solución, se descubrió un crucifijo tallado que la Madre Theresia Messner³⁸ había recibido en 1919 como regalo para su jubileo de plata. Durante muchos años este crucifijo estuvo en el jardín de la granja Arnoldus de Belfeld. Al retirarse la comunidad de ese lugar, el crucifijo fue llevado a Steyl. El corpus tallado en madera de color claro parecía hecho para la cruz oscura de la capilla renovada, y desde entonces, tiene allí su lugar de honor.

Este crucifijo da el tono a todo el recinto. Junto a él hay mucha oración, y algunas visitas regresan para arrodillarse ante él que no deja de impresionar. Ante todo en jornadas de silencio y retiro espiritual se percibe su misteriosa fuerza de atracción, dando a los orantes nuevo valor para llevar la propia cruz y responder a las exigencias de la vida.



El presbiterio de la capilla de la cruz con el sagrario, el crucifijo, el ambón y el altar

38 La M. Theresia fue la primera superiora general después de las cofundadoras

A la derecha de la pared frontal, apoyado sobre una pequeña repisa oscura está el sagrario. Tiene sobre su puerta la imagen de Jesús con la cruz en la mano derecha, como signo de triunfo, y en la izquierda un libro abierto, que puede ser el Evangelio o también el “Libro de la Vida” (Cf Ap 5,1-7; 20,12). La imagen está rodeada de una corona por oro con los símbolos de los cuatro evangelistas, indicando así de modo misterioso la presencia del Señor de la vida y de la historia, que redimió a la humanidad mediante su muerte en la cruz y que está presente en el mundo hasta el fin de los tiempos.

En el centro del presbiterio se encuentra el altar. Es redondo, de roble y color marrón oscuro, tiene 1,50 de diámetro. Su forma circular quiere indicar que la Eucaristía es ante todo un banquete comunitario, símbolo del eterno banquete de la gloria, que no conoce exclusiones ni separaciones, ni primero ni últimos, ni grandes ni chicos. Ante todo, no existen excluidos. Todos se reúnen alrededor de la mesa del altar para celebrar la muerte y resurrección del Señor, sentido y meta de toda vida cristiana. Esta cercanía junto al altar se ve favorecida por las sillas móviles que pueden ser agrupadas de distintas formas para las celebraciones comunitarias. En esta capilla, los participantes de las jornadas de reflexión y oración vivencian la Eucaristía como el momento culminante del día que los une profundamente con Cristo.

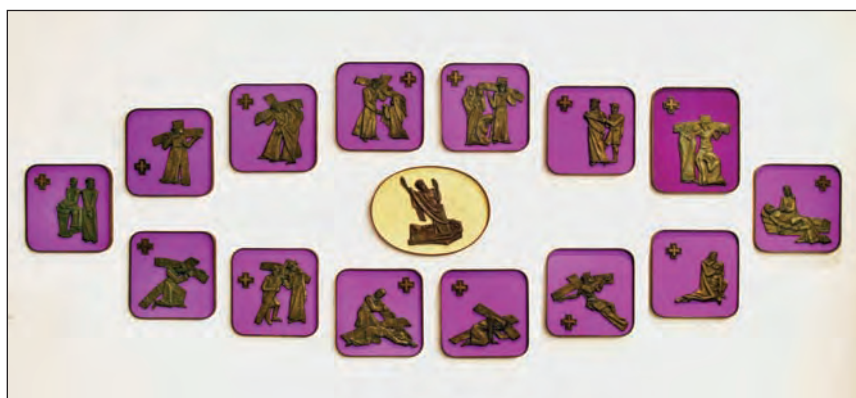
A la izquierda está el ambón de bronce oscuro. Desde él, se anuncia la Palabra de Dios en cada celebración, Palabra que orienta y encamina la vida del oyente. En la pared frontal de la izquierda, hay una linterna de bronce con la luz del sagrario. El color oscuro del bronce hace resaltar



de modo especial la claridad de la luz. Todos estos símbolos tienen como objetivo recordar la presencia de Cristo resucitado y contribuir a crear un ambiente que ayude a vivenciar esa presencia.

Al lado derecho de la pared oblicua y delante de la última ventana, fue colocada una estatua barroca de la Virgen María con el Niño. El rostro de la Virgen expresa una recatada intimidad. El Niño que tiene en sus brazos dirige su mirada a lo lejos. A diferencia de la gran cantidad de santos de la iglesia mayor, en esta capilla María es la única. La reforma litúrgica del Concilio Vaticano Segundo volvió a poner el misterio de Cristo al centro de la vida y liturgia cristiana. De este modo queda a salvo la armonía y serenidad del recinto y el orante no es desviado de lo esencial, que es la presencia de Cristo resucitado.

En la pared posterior de la capilla fue colocado un vía crucis. Las figuras de bronce fueron diseñadas y efectuadas por la hermana Serviana Wollseifen SSPS. Las catorce estaciones se agrupan en un óva-



El vía crucis en la pared posterior de la capilla de la cruz

lo. La decimaquinta figura del centro representa a Cristo resucitado con los brazos en alto, signo de su triunfo sobre la muerte. El fondo de color claro contrasta con el violeta oscuro de las estaciones del vía crucis, para indicar simbólicamente que la oscuridad de este mundo con todo su dolor no es lo definitivo, sino que es el paso hacia la luz, la resurrección y la vida.

Luego de haber contemplado cada elemento de esta capilla, sería bueno volver una vez más a ella para formarse una impresión de la totalidad del recinto. Tal vez se profundizará la atmósfera de tranquilidad y silencio ya percibida al inicio. Recorriendo con la mirada la pared frontal y los elementos simbólicos del presbiterio, por ejemplo, la cruz, el sagrario, el altar, el ambón, la luz del Santísimo, incluso el adorno floral, para dejar que su profundo significado ejerza el efecto deseado. Todos estos elementos señalan la presencia de Cristo resucitado. La misteriosa presencia del Espíritu que llena el ambiente.

A través de la arquitectura y el arte moderno que responden al sentir del hombre de hoy, se llega a poner de manifiesto lo que Arnoldo Janssen deseaba expresar con la arquitectura de su época, o sea, crear un ámbito que ayude a percibir el aliento del Espíritu Santo y haga entrever la presencia de Dios. Un recinto que invite a estar simplemente allí, dejando que la presencia divina invada el alma y la enardezca en su amor.

CONCLUSIÓN

Al cerrar estas consideraciones, quisiera recordar una vez más que la iglesia material es símbolo de la verdadera Iglesia de Dios o comunidad de los fieles, que se congrega alrededor de Cristo resucitado para celebrar y rememorar su presencia. La Iglesia, que son los cristianos, es el cuerpo de Cristo. Por él se mantiene y crece todo el edificio espiritual de piedras vivas para formar el templo santo del Señor (Cf Ef 1,23; 2,21).

Pero se necesita el edificio de piedra en el que pueda ser celebrado y vivenciado este misterio, para que siga impregnando siempre más la vida entera. La iglesia visible es un símbolo de la profunda realidad del cristiano. Los fieles son morada de Dios, templo del Espíritu Santo. “¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo?”, dice el apóstol Pablo (1Co 6,19).

Esta verdad de fe de ser templos del Espíritu Santo y que la Santísima Trinidad habita en el alma de los fieles, era una verdad muy querida por san Arnoldo. Al construir la iglesia del Espíritu quiso edificar a las “Siervas del Espíritu Santo” un monumento, un ámbito, en el cual pudieran vivenciar siempre de nuevo su propia realidad, y renovarse partiendo de esta vivencia.

El verdadero “Ámbito del Espíritu” es el hombre, todos los bautizados, todos los hombres que buscan a Dios con sinceridad de corazón. A través de los cristianos debe hacerse perceptible la presencia del Espíritu, y los demás deberían sentir que Dios está en medio de ellos. La iglesia de piedras visibles debe hacer presente siempre este gran misterio: “Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios” (Ap 21,3).

BIBLIOGRAFÍA DE TEXTOS EMPLEADOS Y CITADOS

Bieger, Eckhard u.a. (Hg.): Schnittpunkt zwischen Erde und Himmel. Erfahrungsraum des Glaubens. – Kevelaer, 1998

Constitutiones y Estatutos de la Congregación Misionera de las Siervas del Espíritu Santo del año 1891

Constitutiones Societatis Verbi Divini, 1875 – 1891 (Fontes Historici Societas Verbi Divini ; Vol.1 Roma, 1964

Dillmann, Rainer : Das Lukasevangelium. - Stuttgart, 2000

Durrwell, F.X.: Der Geist des Herrn. Tiefe Gottes – Schöpferische Weite. – Salzburg, 1986

Fischer, Hermann SVD: Tempel Gottes seid ihr! Die Frömmigkeit im Geiste P. Arnold Janssens, Steyl, 1932

Nouwen, Henri J.M.: Du bist der geliebte Mensch. Religiös leben in einer säkularen Welt. – Freiburg, 1993

Roemer, Werner: Abbild des Himmels. Zur Theologie des Kirchengebäudes. - Topos, Kevelaer, 2001

Rohner, Albert (Hg.): Arnold Janssen gestern und heute. Beiträge zu seinem Lebenswerk. (Analecta SVD 63/II – Rom, 1989

Stegmair, Ortrud SSpS (Hg.): Mutter Maria Helena Stollenwerk (1852–1900). Briefwechsel mit Arnold Janssen – Rom, 1999

P. Arnold Janssen. M. Josefa, Hendrina Stenmanns. Briefwechsel 1884 - 1903. – Rom, 2004

Schürmann, Heinz: Das Lukasevangelium. Erster Teil. Kommentar zu Kap.1, 1-9,50. – Freiburg, 19969

Stein, Edith: Das Weihnachtsgeheimnis. – Freiburg, 1988

Las citas bíblicas fueron tomadas de la Biblia de Jerusalén – Edición Española – 1975.



Herz-Jesu-Kloster in Steyl